

# Intercambios eruditos en la Inglaterra moderna: una carta de John Evelyn y la biblioteca de Samuel Pepys

Adriana PAWELKOWSKI

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

José E. BURUCÚA

(Universidad Nacional de San Martín, Argentina)<sup>1</sup>

## RESUMEN

El punto de partida del trabajo es una carta de John Evelyn a Samuel Pepys, escrita el 12 de agosto de 1689, en la que Evelyn da a su amigo una serie de opiniones y consejos acerca de los retratos, pintados o grabados, dignos de adornar una biblioteca. El discurso de sir John deriva luego hacia el estado de las bibliotecas públicas y privadas en Inglaterra y termina en la presentación de un proyecto de librería pública y de una academia para el mejoramiento de la lengua inglesa. Las ideas principales de Evelyn en ese texto se refieren a los modelos culturales que Francia e Italia proporcionaban a la Inglaterra de fines del siglo XVII, a las relaciones entre imágenes y textos como una dialéctica básica para las prácticas de lectura y de contemplación estética, y a la persistencia del programa de Bacon en la Royal Society en un sentido amplio de sistematización histórica de los saberes. Este artículo analiza la incidencia de las ideas de Evelyn en la forma de organización y en los usos que Samuel Pepys dio a su propia biblioteca, sobre la base de lo aprendido en la carta del amigo. Las conclusiones aluden a la particular irrupción de España como modelo cultural de la *diversion*, a la complejidad, apertura y fluidez del saber de la burguesía en ascenso en la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVII, a la multiplicidad de las prácticas culturales en un sujeto lector como Pepys y a la centralidad del vaivén entre textos e imágenes para todas ellas.

**Palabras clave:** historia de la lectura, bibliotecas en el siglo XVII, Samuel Pepys, Inglaterra de la Restauración, relaciones imagen-texto.

## ABSTRACT

The start point of this article is a letter sent by John Evelyn to Samuel Pepys on August the 12th. 1689, in which Evelyn gives to his friend some opinions and advises about painted or engraved portraits, worth for being the ornament in a library. Sir John's text deals also with the state of public and private libraries in England and it ends with the presentation of a project for a public library and an academy devoted to the improvement of the english language. The main ideas of Evelyn are related to: 1) the cultural models furnished by France and Italy to the english civilization at the end of the XVIIth. century; 2) the relationships between images and texts as a basic dialectics for the reading and asthetic appropriation practices; 3) the persistency of the Bacon's program at the Royal Society, considered in the huge sense of an historical organization of knowledge. The article analyzes too the influence of

---

<sup>1</sup> Agradecemos las observaciones de Nicolás Kwiatkowski a nuestro texto. Algunas de ellas han sido incorporadas, con la aclaración debida, en las notas que siguen.

Evelyn's ideas over the uses that Samuel Pepys gave to his own library. The conclusions deal with the peculiar role of Spain as a cultural model for diversion, with the complex, open-minded and fluid wisdom of the rising bourgeoisie in England at the second half of the XVIIth. century, with the multiplicity of cultural practices in a reader such as Pepys, and with the central position of the wavering between texts and images for all of them.

**Key words:** history of reading, libraries in the XVIIth. century, Samuel Pepys, Restoration England, image and text relationships.

A comienzos de agosto de 1689, John Evelyn intentó visitar a Samuel Pepys en su casa pero, afortunadamente para nosotros, historiadores, no lo encontró. Pensamos haber tenido buena suerte porque, en lugar de transmitirle oralmente sus comentarios e ideas sobre la forma de organizar la biblioteca y otras colecciones, que Pepys había reunido ya en gran escala, quizás durante una conversación de la que ni siquiera un registro *en passant* hubiese quedado pues Pepys había interrumpido la escritura de su *Diario* en 1669, Evelyn se vio obligado a enviar a su amigo desde Sayes-Court una larga carta, fechada el día 12 de aquel mes<sup>2</sup>. Una misiva que bien podría considerarse el contrapunto inglés del *Advis pour dresser une bibliothèque*, compuesto y revisitado por Gabriel Naudé entre 1627 y 1644<sup>3</sup>. De hecho, el famoso *Advis* había sido traducido al inglés por el mismo Evelyn y publicado en Londres en 1661<sup>4</sup>. Más aún, en la carta del 12 de agosto, sir John se refirió al librito de Naudé, a su propia versión inglesa y a los errores de impresión que lo habían obligado a retirar los ejemplares de 1661<sup>5</sup>. Y casi veinticinco años antes, el 5 de octubre de 1665, Pepys había asentado en su *Diario* que, durante un viaje hacia la oficina del duque de Albermale, había leído la traducción de Naudé: “but the book is above my reach”, aclaraba<sup>6</sup> (según veremos, tiempo después, las lecciones del sabio libertino serían comprendidas y escrupulosamente aplicadas por nuestro Samuel en su biblioteca). De modo que no parece caprichosa nuestra idea de incluir el texto de Evelyn en una de las constelaciones más antiguas de la bibliotecología de occidente, junto a las obras de Conrad Gesner, Gabriel Naudé, Antonio de León Pinelo, Nicolás Antonio y Louis Jacob. Por otra parte, Pepys percibió con claridad la importancia de las recomendaciones que sir John le pasó por escrito, ya que, el 30 de agosto, Samuel respondía que la lectura atenta de las cinco páginas densas rubricadas por su erudito amigo, equivalentes en información a cinco volúmenes de los mayores, le insumiría un buen mes de tiempo. No obstante, Pepys se apresuraba a adelantar una respuesta a su corresponsal,

<sup>2</sup> Evelyn, John, F.R.S., *The Diary and Correspondence*, Londres-Nueva York, George Routledge-E. P. Dutton, s.f., pp. 677-686. Publicamos la traducción completa al castellano de esta carta, realizada por Adriana Pawelkowski, como un apéndice de este artículo.

<sup>3</sup> Naudé, Gabriel, *Advis pour dresser une bibliothèque*. Reproducción de la edición de 1644, París, Klincksieck, 1990.

<sup>4</sup> Naudé, Gabriel, *Instructions concerning erecting of a Library ... Interpreted by Jo. Evelyn*, Londres, 1661.

<sup>5</sup> Evelyn, John, *The Diary and Correspondence... op. cit.*, pp. 681-682.

<sup>6</sup> *The Diary of Samuel Pepys M.A. F.R.S. ... with Lord Barybrooke's notes*, edited with additions by Henry B. Wheatley F.S.A. 10 tomos. Londres-Cambridge, George Bell-Deighton Bell, 1899, tomo 5, p. 104.

“the best I can give you; namely, by my endeavouring to leave no syllable unpractised of what you have had the goodness to teach me in it, and lies within the reach of my pate and purse to execute”<sup>7</sup>.

Veamos, entonces, los contenidos y las nociones centrales de la carta.

El punto de partida es una interpelación irónica: Evelyn había sabido que Pepys planeaba adquirir y colgar junto a sus libros los retratos de hombres ilustres por su talento y erudición. He aquí que uno de los primeros retratados por el pintor Kneller<sup>8</sup> había sido el mismo Evelyn, y éste reaccionaba diciendo que el artista sería condenado al no haberlo pintado rojo de vergüenza, por cuanto tal debía de ser el sentimiento que lo embargase al ver su efigie entre las de tantos sabios. ¿Cómo podría aceptarse a un cultivador de coles en medio de los Boyle, los Gale y los Newton de la nación inglesa? De todas maneras, el que los personajes de la pinacoteca fuesen compatriotas merecía ser objeto de aplauso, porque la moda de colocar los bustos y cabezas de insignes mujeres u hombres extranjeros, representados por artistas de fuste como Rafael y Tiziano, poetas y escritores de Pico a Tasso, príncipes y políticos de Tamerlán o Carlomagno a Hernán Cortés, científicos de Cardano a Copérnico o Galileo, princesas y eruditas de Lucrecia d’Este a Elena Cornaro (quien había recibido el título de doctora en Padua), esa costumbre era no sólo gravosa sino ridícula, extravagante, ya que muchas veces las atribuciones de nombres rimbombantes a las figuras resultaban un fraude: “the picture of some porter or

<sup>7</sup> Evelyn, John, *The Diary and Correspondence... op. cit.*, p. 686. **Nota de Nicolás Kwiatkowski:** Por otra parte, la influencia de los artistas alemanes en el siglo XVII inglés, sobre todo la de los grabadores, difícilmente pueda exagerarse. Durante la primera mitad del siglo, la mayoría de los grabadores activos en Inglaterra tenían aquel origen: baste mencionar como ejemplos a Renhold Elstracke, encargado, entre otras obras, de la magnífica portada en las *Works* de Jacobo I en 1616; y a Simon Van de Passe, el autor del celeberrimo frontispicio de la *Instauratio Magna* de sir Francis Bacon, en 1621. El decano inglés en el arte del grabado fue Thomas Cecil, cuya producción se inició en la segunda mitad de la década de 1620 y entre cuyas obras se destaca la portada de *Sylva Sylvarum* de Bacon, en 1627. Al respecto, puede consultarse con provecho M. Corbett y R. Lightbown, *The Comely Frontispiece*, Londres, Routledge & Keagan Paul, 1979. Sobre los vínculos fundamentales entre la cultura y la sociedad inglesas y sus equivalentes de los Países Bajos en los siglos XVI y XVII, véase J. J. Murray, «The Cultural Impact of the Flemish Low Countries on XVI<sup>th</sup> and XVII<sup>th</sup>. Century England», en *American History Review*, 62, IV, 1957, 837-854.

<sup>8</sup> Sir Godfrey Kneller nació en Lübeck en 1646 y murió en Londres en 1723. Estudió pintura en Amsterdam y se trasladó a Inglaterra a fines de la década de 1670. Enseguida se destacó como retratista en los medios aristocráticos, lo que le valió convertirse en pintor real bajo Guillermo III y María II. Conservó su posición en la corte inglesa durante los reinados de Ana Estuardo y del primero de los Hannover. **Nota de Nicolás Kwiatkowski:** Meses después de la carta de Evelyn a Pepys, sir John tomaría parte en la llamada batalla de los libros, el capítulo inglés de la disputa entre antiguos y modernos. Si bien los modernos ingleses no serían tan radicales como sus colegas franceses, ambos compartían la valoración de sus compatriotas como personajes de gran valía intelectual, comparable incluso a la de los hombres de la Antigüedad. Así como los franceses ensalzaron a los artistas de la corte, los ingleses tendieron a resaltar la actividad científica de la *Royal Society*. Para modernos como Evelyn, esto no era contradictorio con una gran admiración hacia la cultura italiana o la francesa, según se verá en el punto II del presente artículo. Acerca de las posiciones de Evelyn en la disputa, puede consultarse J.M. Levine, *Between the Ancients and the Moderns*. New Haven y Londres, Yale University Press, 1999, cuyos dos primeros capítulos están dedicados al «consejero» de Pepys.

squalid chimney sweeper, whose prolix beard and wrinkled forehead might pass him for a philosopher”<sup>9</sup>.

Otro hábito condenable en los retratos más corrientes era el de retacearles las inscripciones que permitiesen la identificación correcta de las personas, al contrario de lo que había hecho Holbein, sin desmedro de la calidad de sus imágenes, cuando fue pintor de la corte inglesa en tiempos de Enrique VIII y Eduardo VI. La negligencia de los retratistas del siglo XVII resultaba muy reprochable en ese aspecto, sobre todo porque la ausencia de letreros provocaba que las caras de figuras de la envergadura de Isabel I, María Estuardo, el rey Jacobo I, Francis Bacon, Walter Raleigh, Philip Sydney, los héroes de la Reforma religiosa, Huss, Zisca, Lutero, Calvino, Beza, varios reyes de Europa, “authors of sects, great captains and politicians”, muchas veces apareciesen en los lugares más oscuros y sucios de un desván. Por eso, Evelyn sugería que buena parte de los retratos pintados fuese reemplazada por monedas y medallas, de las que podía llegar a conocerse con precisión cuáles eran los rasgos auténticos de emperadores, emperatrices, papas, otros gobernantes, filósofos, militares y poetas célebres, dado que sus nombres acuñados no dejaban lugar a dudas. “So as I do not see how Mr. Pepys’s library can be long without this necessary adjunct”, agregaba sir John<sup>10</sup>.

Siguen a partir de allí un *excursus* acerca del cultivo de la numismática en Inglaterra y la enumeración detallada de las principales colecciones de monedas y medallas, de las que la perteneciente a lord Clarendon se lleva la palma. Evelyn aprovecha para detenerse en la personalidad del Canciller y en sus otras pasiones: los cuadros y los libros. Nos recuerda también que la traducción de la obrita de Naudé fue dedicada a ese gran hombre y político del reinado de Carlos II a quien, tras su caída en 1667, ningún ministro de quienes lo reemplazaron podría comparársele en sabiduría o conocimiento del buen gobierno. Por otra parte, acota sir John, no hubo acusación de prevaricato ni mal desempeño que se le probase *a posteriori*<sup>11</sup>. La pinacoteca de Clarendon lleva a Evelyn a volver sobre la cuestión de los retratos en la librería de su amigo Pepys, a mencionar la excelencia de los maestros del género en la pintura del siglo XVII, Van Dyck y Lely, y a sugerir, a partir del problema de los precios que las obras de esos grandes han alcanzado, la compra de grabados con bustos y efigies y la formación de una iconografía completa de la biblioteca. El

---

<sup>9</sup> Evelyn, John, *The Diary and Correspondence... op. cit.*, p. 678. **Nota de Nicolás Kwiatkowski:** Además del desarrollo de la numismática, existía en Inglaterra una larga tradición de anticuario, que se remontaba a la segunda mitad del siglo XVI. Es famosa la historia de John Leland, quien enloqueció al intentar convertir su colección de vestigios de la antigüedad en una historia completa de Inglaterra, de la que sólo se publicó un *Itinerary* de sus exploraciones proto arqueológicas en 1549. El ejemplo de anticuario más relevante en Inglaterra, aún en la segunda mitad del siglo XVII, era la famosa *Britannia*, de William Camden, publicada por primera vez en 1586 y varias veces reeditada. La combinación de trabajo de campo riguroso y formidable erudición convirtió a las obras de este tipo en pilares fundamentales de la modernización de la historiografía en Inglaterra y permitió, entre otras cosas, terminar con el asidero histórico de leyendas como las de Bruto, el troyano que, se creía hasta entonces, había fundado la Bretaña pre romana. Sobre los anticuarios, véase por ejemplo D.R. Wolf, «Erudition and the Idea of History in Renaissance England», in *Renaissance Quarterly*, 40, I, 1987, 11-48.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 679.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 681.

tema es propicio para un nuevo *excursus* acerca del arte del grabado, del que Evelyn tenía por aquella época la *expertise* más grande de Europa, según lo testimoniaba su *Tratado de Calcografía*, la primera historia sistemática del grabado, publicado en Londres en 1662<sup>12</sup>.

Sir John vuelve a la biblioteca de Pepys y traza un elogio de los esfuerzos que su amigo ha desplegado para evitar el triste destino de disgregación que afectó a tantas bibliotecas personales en Inglaterra, para aumentar la colección de libros, tomar las medidas que garanticen su mantenimiento y los recaudos destinados a convertirla en una institución de acceso libre al público. El modelo en este sentido es Francia, o París en particular, una ciudad donde existen más bibliotecas que las que hay en las tres naciones de Gran Bretaña juntas. Evelyn admira por encima de todas la del cardenal Mazarino, que acababa de integrarse con la librería real. Nuestro autor pasa revista, no obstante, a los mayores repositorios ingleses sin dejar de señalar sus falencias, que consisten, más que nada, en las dificultades de un acceso fluido de los sabios y hombres curiosos a sus estanterías y archivos. Sir John Cotton posee el conjunto más notable de manuscritos de antigüedades británicas, pero se resiste a hacer conocer su catálogo<sup>13</sup>; los monarcas han confiado la organización de sus libros en la residencia de Saint James al erudito francés Justel, lo que parece garantía de buena administración de la biblioteca real inglesa, cuyas colecciones de manuscritos y monedas, antes tan ricas, reunidas por el príncipe Enrique<sup>14</sup> y custodiadas por un gran bibliotecario como Patritius Junius (el Dr. Patrick Young), habían sufrido mermas y dispersión durante las revoluciones políticas. La librería del eruditísimo John Selden, historiador de los diezmos eclesiásticos en la primera mitad del siglo XVII, tuvo una historia parecida de fragmentaciones y pérdidas, aunque el vilipendiado arzobispo Laud consiguió salvar parte de sus manuscritos y los destinó a la Bodleian en Oxford. La *Royal Society* también se encuentra por entonces en pleno proceso de reunir libros y manuscritos, gracias a las donaciones del duque de Norfolk, quien había tenido en su mansión de *Arundel House* a Franciscus Junius, hijo de Patritius, por bibliotecario. La Universidad de Cambridge tiene lugares prometedores en los *colleges* de Christ Church, Balliol y Magdalen (a este último iría la biblioteca de Pepys, donada a la muerte del personaje en 1703 e instalada en un edificio especialmente construido para albergarla en 1724). La lista de Evelyn prosigue con los avatares y contenidos de las colecciones del obispo de Ely, del famoso jurista Edward Coke, de sir Henry Savill, del obispo de Durham, de Lord Usher y de Isaac Vossius, quien había llevado de Suecia a Inglaterra manuscritos salidos de la biblioteca de la reina Cristina<sup>15</sup>.

<sup>12</sup> Evelyn, John, *Sculptura, or the History and art of chalcography and engraving in copper, with an ample enumeration of the most renowned masters and their works, to which is annexed a new manner of engraving, or mezzo tinto, communicated by His Highness Prince Rupert to the authour of this treatise*. Londres, G. Beedle and T. Collins, 1662.

<sup>13</sup> Acerca de la biblioteca reunida por sir Robert Cotton, padre del John nombrado por Evelyn, véase Kevin Sharpe, *Sir Robert Cotton, 1586-1631, History and Politics in Early Modern England*, Oxford University Press, 1979. Debemos esta referencia a Nicolás Kwiatkowski.

<sup>14</sup> Se trata del príncipe de Gales, hijo de Jacobo I, muerto antes de cumplir los 18 años de edad en noviembre de 1612. A pesar de su juventud, el príncipe ya era famoso por su cultura y su pasión poética.

<sup>15</sup> Evelyn, John, *The Diary and Correspondence... op. cit.*, pp. 683-685.

Digamos que esta síntesis realizada por Evelyn en 1689 se inscribe en una tradición erudita que había producido, a lo largo de un siglo, bellas obras de referencia con descripciones precisas de bibliotecas en Europa y el mundo. Fulvio Orsini (1529-1600), por ejemplo, ya en fecha tan temprana cuanto el 1570, se ocupó de librerías italianas y, además, enriqueció sus datos con referencias a inscripciones y monedas a propósito de los retratos “virorum illustrium et eruditorum” (de modo que el paralelo entre Orsini y nuestro Evelyn incluye también el punto de la coexistencia estrecha de libros e iconografía que queremos subrayar en este artículo)<sup>16</sup>. El obispo de Tagasta, Angelo Rocca da Camerino (1545-1620), editó una descripción completísima de la Biblioteca Vaticana en 1591<sup>17</sup>. Justo Lipsio (1547-1606) publicó en 1602, en la imprenta plantiniana de Amberes, un *De Bibliothecis syntagma*, que abarcaba las mayores colecciones europeas de libros. El jesuita Claude Clément (1594-1642), activo en España y famoso por su crítica de Maquiavelo<sup>18</sup>, siguió en 1635 las huellas de Lipsio pero se ocupó también de los museos y se detuvo especialmente en la biblioteca de El Escorial<sup>19</sup>. De 1643 y de 1644 son dos textos que podríamos llamar enciclopedias bibliotecológicas: la primera, escrita por Josse à Dudinck, salió publicada en Colonia como *El Palacio de Apolo y Palas*, un recorrido histórico de las bibliotecas de la Antigüedad y del mundo moderno<sup>20</sup>; la segunda, obra del carmelita francés Louis Jacob, fue el resultado de un pedido especial de Gabriel Naudé para acompañar la re-edición de su célebre *Advis* y recogió una cantidad inmensa de datos, enviados al padre Jacob de todas partes del mundo. Nació así el *Tratado de las más bellas bibliotecas públicas y particulares que hubo y que hay ahora en el mundo*<sup>21</sup>, libro de libros donde quedaba demostrada la superioridad de Francia en la materia por sobre el resto de las naciones. París, por ejemplo, tenía ella sola más bibliotecas que Alemania y España juntas. La finalidad del *Tratado* consistía en “pour faire voir, depuis le temps de Moysse jusqu’en notre siecle, toutes les parties habitables du monde ont eues la cognoissance des sciences, puisque les Bibliothèques y ont esté erigées avec de grands soins”<sup>22</sup>. En 110 capítulos, Jacob pasaba revista a las colecciones de los hebreos, de los egipcios, de los griegos (con especial referencia al repositorio alejandrino)<sup>23</sup>, de los romanos y bizantinos, de los

<sup>16</sup> *Imagines et elogia virorum illustrium et eruditor[orum] ex antiquis lapidibus et numismatibus expressa, cum annotationib[us] ex bibliotheca Fulvii Ursini*. Roma, A. Lafrerii, 1570, in-folio.

<sup>17</sup> *Bibliotheca apostolica vaticana a Sixto V... in splendidiorem... locum translata et a fratre Angelo Rocca... commentario variarum artium ac scientiarum materiis curiosis ac difficillimis, scituque dignis refertissimo illustrata...* Roma, ex typogr[aphia] apostolica vaticana, 1591, in-4º.

<sup>18</sup> *El machiavelismo degollado por la christiana sabiduria de España y de Austria : discurso christiano-político... / por el Padre Claudio Clemente de la Compañía de Jesus...; traducido de la segunda edicion latina, añadida con cosas muy particulares...* Alcalá, Antonio Vázquez, 1637, in-4º.

<sup>19</sup> *Musei sive bibliothecae tam privatae quam publicae extractio, instructio, cura, usus, libri IV. Accessit accurata descriptio regiae bibliothecae S. Laurentii Escurialis...* Auctor P. Claudius Clemens... Lyon, J. Prost, 1635, in-4º.

<sup>20</sup> *Palatium Apollinis et Palladis, hoc est, designatio praecipuarum Bibliothecarum mundi veteris novique saeculi*. Colonia, Iosse Kalkouen, 1643, in-8º.

<sup>21</sup> Jacob, P. Louys, *Traicté des plus belles bibliothèques publiques et particulières, qui ont esté, et qui sont à present dans le monde*. París, Rolet Le Duc, 1644.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 6.

<sup>23</sup> *Ibidem*, pp. 16-23.

árabes (Claude Clément aseguraba que la biblioteca de Almanzor había reunido 55.720 volúmenes)<sup>24</sup>, de los chinos y japoneses, de los papas, cardenales y príncipes italianos, de las ciudades de Italia, de los alemanes, los polacos, los escandinavos, los ingleses (el carmelita citaba la biblioteca real, la de Arundel House, la Bodleiana, la de los *colleges* de Balliol, Magdalen y Trinity)<sup>25</sup>, de los flamencos, de los españoles (aparecían en la lista la escurialense, la de los Mendoza, la de Arias Montano, la del Conde-Duque). Un volumen aparte estudiaba las bibliotecas de Francia, provincia por provincia, ciudad por ciudad. El padre Jacob reservaba un comentario especial a los españoles y con ello contribuía a configurar un modelo de erudición europea en el que la cultura de Castilla y Aragón adquiriría un peso fundamental que, según veremos enseguida, era percibido y admirado, no sólo en la misma Francia<sup>26</sup>, sino en la Inglaterra de Evelyn y Pepys. El carmelita escribía:

“Les Espagnols sont aujourd’huy grandement affectionnez pour les lettres, ainsi que le temoignent tant de bons ouvrages qu’ils impriment en toute sorte de sciences, soit en Espagne, en France ou en Flandre: ce qui les excite à dresser de tres-belles Bibliothèques avec une despençe et curiosité nompareille”<sup>27</sup>.

Volvamos ahora a nuestra carta, que termina con la expresión de deseos compartidos entre Evelyn, Pepys y otros miembros de la *Royal Society*: la fundación de una gran biblioteca pública londinense bajo los auspicios de la monarquía (cosa que ha de ocurrir sólo cuando se cumpla el precepto platónico del rey filósofo)<sup>28</sup>, acto al que debería de seguir la organización de una academia para el mejoramiento del lenguaje y de la escritura, como las que existían en Italia desde el siglo XVI (*La Crusca*, *Insensati*, etc.) o la de los *Beaux Esprits* que había fundado el cardenal Richelieu en Francia. El argumento de Evelyn parte de la pre-existencia de una “Society for the Improvement of Natural Knowledge”, esto es de la *Royal Society*, ocupada en el saber de las cosas, “since things were before words”<sup>29</sup>. Pero, claro está, el uso ajustado, correcto, elegante de las palabras ya no puede esperar. Y la biblioteca más el entusiasmo generoso del amigo Pepys serían la mejor base para alcanzar las excelencias buscadas del saber y del hablar, elementos fundamentales de la civilización inglesa a construir.

II. Del resumen de la carta, quisiéramos señalar tres ideas principales expuestas por Evelyn en el texto. La primera se refiere al punto ya señalado de los modelos culturales que operan en el horizonte intelectual y en la imaginación de nuestro autor. Italia es todavía una presencia tenaz. Su mundo humanista y estético confi-

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 51.

<sup>25</sup> *Ibidem*, pp. 242-303.

<sup>26</sup> Schaub, Jean-Frédéric, *La France espagnole. Les racines hispaniques de l’absolutisme français*. París, Seuil, 2003, pp. 306-309 y 338.

<sup>27</sup> Jacob, *op. cit.*, p. 308.

<sup>28</sup> Recuérdese que ese mito no sólo fue reinstalado en la cultura inglesa del siglo XVII por el conocimiento directo de la obra de Platón, sino que se vio reforzado por la utopía baconiana de la *Nueva Atlántida* y su Casa de Salomón.

<sup>29</sup> Evelyn, *The Diary and Correspondence... op. cit.*, pp. 685-686.

gura los automatismos del saber y de la belleza para los hombres amantes de las ciencias, de las letras, de las artes en cualquier parte de Europa. Italia se despliega como la escenografía lejana de todos los dramas en el proceso de civilización: los conflictos entre lo sagrado y lo profano, las relaciones de la moral y la política, los lazos paradójicos del arte con la realidad, las tensiones entre la tradición y las ambiciones modernas, la disparidad contradictoria que reúne, sin embargo, la decadencia económica con la dulzura de la vida y la delicadeza de los hábitos. El clasicismo italiano brota en los nombres de los personajes célebres, en las citas antiguas, en los autores recordados por Evelyn, en sus alusiones numismáticas y monumentales. Pero, por delante de ese fondo mediterráneo, se dibuja el modelo de Francia, cuyos reyes y nobles han llevado a cabo, con multiplicación y brillo extraordinarios, el programa secular de la *translatio studiorum et artium* desde la tierra del primer Renacimiento moderno. Francia es campeona de Europa en materia de colecciones de libros, de artes y antigüedades; su monarquía señala a las demás naciones los *desiderata* que han de guiar la organización de las asociaciones científicas y de las academias; sus ciudades proponen a las clases educadas y urbanas las formas más elaboradas de la sociabilidad, del dominio de las pasiones, de la convivencia amable, del comercio intelectual y artístico. Los *Beaux Esprits* de todo el continente viajan a París para comprar libros, pinturas, grabados, joyas, muebles, tapices y otros objetos de colección.

La segunda idea también campea a lo largo de toda la carta y revela que las imágenes, grabadas sobre papel o esculpidas en monedas y medallas, van casi a la par de los textos, no sólo en la práctica del coleccionismo que comparten Evelyn y Pepys, sino en el proceso mismo de apropiación o de acogimiento de lo escrito y de lo visualmente representado mediante los actos de lectura y de contemplación<sup>30</sup>. Evelyn insiste en el hecho de que los amantes de los libros han buscado siempre una vía paralela de conocimiento histórico y filológico en el examen del peso, la medida y la composición mineral de las monedas, datos éstos que les han proporcionado informaciones preciosas sobre la matemática práctica, la economía y la ciencia del pasado, o bien se han detenido en la observación de lo representado en los anversos y reversos de las medallas, porque, en los primeros, han descubierto los retratos reales de los grandes hombres, en los segundos, las reproducciones precisas de sus obras materiales o las alegorías didácticas de sus obras poéticas<sup>31</sup>. Lo cierto es que sir John podía haberse inspirado para realizar tales precisiones a su amigo en un pasaje del *Advis* que, bien sabemos, él mismo había traducido. En el capítulo VIII de su obrita fundamental, “L’ornement & la decoration que l’on y doit apporter”, Naudé había dejado sentados los mismos vínculos entre imágenes y textos, entre observación visual y lectura que nuestro Evelyn, había expresado los mismos repa-

---

<sup>30</sup> Para los aspectos europeos generales y españoles particulares de esta cuestión, véase Bouza Alvarez, Fernando, *Comunicación, conocimiento y memoria en la España de los siglos XVI y XVII*, Salamanca, Publicaciones del Seminario de Estudios medievales y Renacentistas, 1999; y del mismo autor: *Palabra e imagen en la corte. Cultura oral y visual en el Siglo de Oro*, Madrid, Abada, 2003.

<sup>31</sup> *Ibidem*, pp. 679-680.



ros que el inglés alrededor de los costos excesivos de pinturas o esculturas y había proclamado la superioridad del grabado para complementar una librería:

“[...] nous estant assez d’avoir des copies bien faictes et tirées de ceux qui ont esté les plus celebres en la profession des Lettres, pour juger en un mesme temps de l’esprit des Autheurs par leurs livres, et de leur corps, figure et physiognomie par ces tableaux et images, lesquelles jointes aux discours que plusieurs ont fait de leur vie, servent à mon advis d’un puissant esguillon pour exciter una ame genereuse et bien-née à suivre leurs pistes, et à demeurer ferme et stable dans les airs et sentiers battus de quelque belle entreprise et resolution”<sup>32</sup>.

No ha de extrañarnos, por consiguiente, que la biblioteca del cardenal Mazarino, organizada y dirigida por Naudé entre 1643 y el acmé de la Fronda en junio de 1652, hiciese del binomio libros-imágenes una relación central y biunívoca de las prácticas de lectura y de contemplación estética, un ejercicio común en la base del conocimiento y del goce que aquella colección erudita hacía posible<sup>33</sup>. Antes de partir al exilio en Estocolmo, rumbo a la corte ilustrada de la reina Cristina de Suecia, Naudé quiso preservar los tesoros bibliográficos del cardenal y apartó, para confiarlas a los canónigos de la abadía de Santa Genoveva en París, treinta obras que él consideraba las más preciosas de la colección, porque contenían figuras pintadas e iluminadas o presentaban bellos frontispicios grabados con retratos del propio Mazarino, de la reina Ana y del joven Luis XIV<sup>34</sup>.

Por fin, otra carta de Evelyn, muy anterior a la que es objeto de nuestro trabajo, fechada el 21 de agosto de 1669 y dirigida a Pepys en vísperas de un viaje de éste a París, había recomendado al amigo varias visitas especiales, entre ellas una que explicaba con claridad el empleo, coadyuvante a la lectura, de la contemplación de grabados:

“Pray forget not to visit the *Taille-Douce* shops, and make Collection of what they have excellent, especially the Draughts of their Palaces, Churches, and Gardens, and the particulars you will have seen; they will greatly refresh you in your Study, and by the fire side, when you are many great years returned”<sup>35</sup>.

La tercera noción principal asoma en el largo párrafo final de la carta de 1689 y se asocia con el programa de Bacon, reformulado en el marco de la *Royal Society* según el sentido amplio de sistematización histórica de saberes que ha subrayado Paolo Rossi<sup>36</sup>. En efecto, Evelyn percibe en los esfuerzos de Pepys por ordenar, cla-

<sup>32</sup> Naudé, *Advis... op. cit.*, pp. 146-147.

<sup>33</sup> Bredekamp, Horst, *The lure of the Antiquity and the Cult of the Machine. The Kunstkammer and the Evolution of Nature, Art and Technology*, Princeton, Markus Wiener, 1995, pp. 11-36.

<sup>34</sup> Mazarin, Naudé et la Bibliothèque Mazarine, XVII<sup>e</sup>. Congrès de l’Association Internationale de Bibliophilie. París, 1991, pp. 15-18.

<sup>35</sup> Cit. en *Catalogue of the Pepys Library at Magdalen College Cambridge*, Nueva Jersey, D.S. Brewer Ltd. Rowman & Littlefield, vol. III: *Prints and Drawings. Part I*. Compiled by A.W. Aspital, with an introduction by P.H. Hulton, p. XIV.

<sup>36</sup> Rossi, Paolo, *Los filósofos y las máquinas. 1400-1700*, Barcelona, Labor, 1965, pp. 139-161.

sificar y completar sus colecciones de libros e imágenes la impronta de aquella sociedad científica a la que él mismo distingue, en primera instancia, como una asamblea de sabios en procura de un “Improvement of Natural Knowledge”, pero a la que parece faltarle un propósito y un plan más amplios, que abracen el mundo del hombre y de la historia. Por eso, nuestra famosa epístola culmina en la propuesta de organización de una academia que investigue, al modo de las corporaciones italianas o de la francesa, las cuestiones del uso de la lengua, de su tesoro de palabras, de sus autoridades y su literatura. Aun cuando Evelyn no lo declare explícitamente, tal academia para el estudio de las letras completaría el árbol de las ciencias con las ramas propias y reverdecidas de los *studia humanitatis*, que Francis Bacon había incluido como parte esencial en sus proyectos de renovación del conocimiento y de las auténticas habilidades gnoseológicas y técnicas de los hombres. Olvidamos a menudo que la reforma baconiana apuntaba no sólo a los saberes de la naturaleza y del mundo físico, sino a la incorporación de una historia, de una mitografía, una ética y una teología, rediseñadas por medio de una lógica nueva y común que establecía su fundamento en la experiencia, idéntica a la lógica de la indagación natural expuesta en el *Novum Organum*, pero aplicada al campo de la lingüística y de la filología<sup>37</sup>. Una distinción radical entre mundo de la naturaleza y mundo de la cultura carecía completamente de sentido para el ordenamiento sistemático de la ciencia que postularon Bacon y sus seguidores en Inglaterra y Francia. La *Encyclopédie* conservaría esa aspiración a una totalidad del saber, regida por principios y cultivada por prácticas cognitivas comunes a la física y a la antropología filosófica.

III. Es probable que las ideas que acabamos de exponer hubieran sido materia de conversaciones e intercambios entre Evelyn y Pepys desde bastante antes de 1689, tal cual lo prueba la intervención ya anotada de sir John en 1669, pero la larga carta del '89 hubo de hacer bien explícitos los principios de organización de la biblioteca Pepys y estimular a su propietario a planear las nuevas adquisiciones de libros y grabados y la catalogación de esos materiales en función de un sistema de clasificaciones y modelos consagrados. Se trata de analizar ahora los modos en que Pepys obró para conseguir los altos fines que la misiva de Evelyn había expuesto con precisión y claridad, esto es, si se nos permite una metáfora óptica, queremos describir la refracción de las tres nociones generales descritas en el apartado anterior, cuando ellas fueron aplicadas o echaron luz sobre la materia y los usos de la biblioteca por parte de Pepys.

a) En cuanto a los paradigmas culturales con los que se confronta el mundo de la producción libresco de Inglaterra, el inventario minucioso de los ejemplares que reunió Samuel nos permite descubrir una presencia fuerte<sup>38</sup>, según lo que podíamos esperar, de la historia y el arte (Froissart, Commynes, Nostradamus, de Thou, Pellisson, Amelot de la Houssaye, Aubert de Vertot, escritos y memorias de reyes, políticos, militares de los siglos XVI y XVII, 35 volúmenes del *Mercure historique et*

<sup>37</sup> *Ibidem*, pp. 113-116.

<sup>38</sup> *Catalogue of the Pepys Library at Magdalen College Cambridge*, Nueva Jersey, D.S. Brewer Ltd. Rowman & Littlefield, vol. I: *Printed Books*. Compiled by N.A. Smith.

*politique*, Roger de Piles, Félibien, Fréart de Chambray, Le Brun), la literatura (Montaigne, Guy Patin, Corneille, Boileau, La Bruyère, La Fontaine, Molière, Perrault, Racine, Fénelon, Furetière), la religión (Calvino, Beza, Arnauld, Blondel, Bossuet, Caussin, Jurieu, Maimbourg, Alix, Richard Simon, varias Biblias), la filosofía (Budé, Bodin, Bayle, Gabriel Daniel, Descartes, La Mothe Le Vayer, Pierre de La Ramée, el padre Mersenne, Saint-Évremond) y la ciencia francesas (Alencé, Basnage, Bernouilli, Borel, Abraham Bosse, de Caus, Gassendi, La Peyrère, Papin, el *Journal des Scavans*, los *Recueils d'observations* de la Academia Real de Ciencias en París). La filología clásica practicada del otro lado del Canal y los productos editados por ella, es decir, los textos de los autores griegos y latinos, impresos con grandes aparatos críticos en Francia, llegan a tener casi el mismo peso que las ediciones inglesas de esas obras. Es raro que algún gran nombre de la Antigüedad no figure en una edición local, acompañada casi siempre por una edición francesa, realizada en París o Ginebra, de la más alta calidad en cuanto a formato, cuidado en la impresión y densidad filológica: César, Curcio Rufo, Veleyo Patérculo, Salustio, Cicerón, Homero, Horacio, Marcial, Plauto, Virgilio, Terencio, Vitruvio tienen todos una o dos versiones impresas en Francia<sup>39</sup>.

La presencia italiana es más limitada, pero figuran varios nombres famosos de la tradición humanista, científica y artística: Boccaccio, Platina, Pomponazzi, Valla, Savonarola, Maquiavelo, Guarini, Boccacini, Sforza Pallavicino, Cardano, Ramusio, Borelli, Malpighi, Vincenzo Galilei y su *Diálogo* musical, Vignola, la *Iconología* de Ripa, la *Perspectiva* del padre Pozzo, Bellori. Buena parte de estas obras se encuentran en versiones no italianas (traducciones inglesa o francesa), un fenómeno que no se manifiesta en el caso de los textos de la tradición francesa, que aparecen prácticamente en su totalidad en la lengua original. Este hecho marca la distancia mayor que separa al modelo italiano de la nueva vida cultural de Inglaterra, salvo, quizás, en materia de iconografía, donde se destaca un libro con las imágenes bíblicas reproducidas de las que pintó Rafael en las *loggie* vaticanas. Por supuesto que, no ya en la colección de libros, sino en la de grabados y estampas, las vistas de ciudades, monumentos y paisajes de Francia y de Italia se hallan en paridad de número y calidad.

Una sorpresa, en este punto de los modelos, es la importancia excepcional que adquiere la cultura española en la biblioteca pepysiana. Examinemos de cerca el asunto. Cerca de un 10% de los libros impresos que forman la colección de Samuel se ocupan de temas españoles, hispanoamericanos incluidos, tratados en su mayoría por autores hispanos, directamente en lengua castellana o bien traducidos al inglés. El porcentaje supera el de las obras que definimos como italianas, pero es bastante inferior al de las obras francesas que rondan más del 15% del total. Lo más sustancioso del lote español se sitúa en las secciones de literatura e historia, pero su peso no es nada desdeñable entre los textos de religión y de ciencia<sup>40</sup>. Mencione-

<sup>39</sup> H.S. Bennett, *English Books and Readers. 1603-1640*, Cambridge, 1965, pp. 88-104.

<sup>40</sup> Acotemos que estas secciones han sido establecidas *a priori* por nosotros, aunque luego comprobaremos que coinciden bastante bien con la clasificación hecha por Pepys en el catálogo manuscrito de su biblioteca.

mos los títulos y autores más notables. En el campo de la historia, la legislación y la política, encontramos: la *Historia general de España* de Juan de Mariana, publicada en Madrid en 1678; la *Historia general de las grandezas y excelencias de España* de Juan de Villaseñor (Madrid, 1681); la *Summa de varones ilustres* de Juan Sedeño, editada en Toledo en 1590; los *Annales eclesiásticos y seculares de Sevilla* desde 1246 hasta 1671, impresos en Madrid en 1677; la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo, editada en Madrid en 1632, la *Historia natural y moral* del padre Acosta en una versión londinense de 1604; las *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales* de Pedro Simón, editadas en Cuenca en 1627; la *Historia de la Conquista de México* de Antonio de Solís, en la versión francesa de 1691; los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso, publicados en inglés (Londres, 1688); la *Historia de la China* del viajero Juan González de Mendoza, en una traducción inglesa de 1588; la *Terra Australis Incognita* de Pedro Fernández de Quirós, en la versión inglesa de 1617; la *Historia* de las disputas entre los Cegris y los Abencerrajes, contada por Ginés Pérez de Hita (Sevilla, 1670); el *Compendio* de la vida del cardenal Cisneros, realizado por Eugenio de Robles (Toledo, 1604); los *Dichos y hechos* de Felipe II, compilados por Baltasar Porreño (Madrid, 1663); el testamento del rey Felipe II, comentado por Juan de Godoy (Sevilla, 1682); el *Teatro de las grandezas de la villa de Madrid* de Gil González de Ávila (1623); la *Conservación de monarquías* de Pedro Fernández de Navarrete (Madrid, 1626); la *Defensa de los estatutos y noblezas españolas* de Jerónimo de la Cruz, publicada en Zaragoza en 1637; la *Descripción de las honras fúnebres* de Felipe IV, hecha por Pedro Rodríguez de Monforte (Madrid, 1666); la *Relación histórica del auto general de fe* de 1680, escrita por José del Olmo; el *Tratado de las ordenanzas del tabaco* de Lope Falcón (Sevilla, 1680); las cédulas reales emitidas por Carlos II para organizar y reglamentar diversas instituciones en la ciudad de Sevilla (1681); la *Práctica de testamentos y modos de suceder* de Juan de la Ripia, editada en Pamplona en 1692, y una buena cantidad de opúsculos sobre pompas fúnebres, “vejámenes”, “relaciones verdaderas” de *faits divers*, sermones sobre hechos militares y políticos, relatos de viajes reales.

En materia de religión, descuellan los libros siguientes, que hubieron de ser fundamentales para nutrir la idea que Pepys se formó del catolicismo hispano: *Historia de la vida y excelencias de la Virgen María*, por José de Jesús María, impreso en Madrid en 1657; *Flos sanctorum* de Pedro de Ribadeneyra en una edición francesa (Rouen, 1659) y otra española (Madrid, 1675); *Historia eclesiástica del scisma del reyno de Inglaterra* por el mismo Ribadeneyra (Madrid, 1674); *Vida y milagros de la bienaventurada Santa Teresa de Jesús* por Diego de Basurto, editado en Sevilla en 1680, más la *Autobiografía* de esa santa en francés (París, 1645); *Introducción del símbolo de la fe* por Luis de Granada (Madrid, 1676); *El príncipe del mar San Francisco Javier* de Lorenzo Ortiz, publicado en Bruselas en 1682; *Preguntas y enigmas* de Diego de la Cruz, impreso en Sevilla en 1683; los *Romances á lo Divino* del mismo autor (1675); las *Consideraciones para la conversión de un pecador*, por Andrés de Espinosa (1682); la *Oración panegyrica* de la Hermandad sevillana de la Caridad, publicada en 1683; un *Index librorum prohibitorum*, editado en Lisboa en 1624, amén de descripciones de fiestas religiosas y liturgias espe-

ciales, bulas, interdictos, vespertinas y sermones, “epitalamios sacros”, “triumfos gloriosos”, “relaciones verdaderas” de milagros y “aparecimientos”. En cuanto a las ciencias, el papel de la bibliografía hispánica es bastante más lucido de lo que un prejuicio, aparentemente arraigado ya a partir de 1600, acerca del “atraso” científico español permitía presagiar. La producción castellana es todavía conspicua en el campo de la náutica, de la balística y de la matemática aplicada, según lo prueban varios textos en la biblioteca de Pepys, *i.e.*: los *Tratados militares* de Juan Benítez Montero (Madrid, 1679); las *Excelencias del arte militar* de Francisco Dávila Orejón (Madrid, 1683); tres ejemplares en inglés del mismo *Arte de la navegación* por Martín Cortés (Londres, 1572, 1584 y 1596); el *Arte de navegar, navegación astronómica, teórica y práctica* de Lázaro Flores (Madrid, 1673), y el *Examen de ingenios para las ciencias*, escrito por Juan de Dios de Huarte Navarro (Madrid, 1688).

Pero, claro está, los reinos de la literatura y del teatro se llevan la palma. Pepys poseía casi todo aquello, y más aún, de lo que hoy consideramos el canon del Siglo de Oro español, a saber: el *Origen y principio de la lengua castellana* por Bernardo Aldrete (Roma, 1606); el *Tesoro* de Covarrubias en su edición de 1674; las *Coplas* de Manrique (Sevilla, 1678); la *Diana* de Montemayor en francés y español, edición bilingüe hecha en París (1611); el *Belianís de Grecia* por Jerónimo Fernández, en inglés (1683); el *Palmerín de Inglaterra* por Luis Hurtado, también en inglés (1685); las *Novelas ejemplares* de Cervantes (Sevilla, 1664); el *Quijote* en tres versiones, una castellana (Bruselas, 1662) y dos inglesas (Londres, 1675 y 1686); el *Buscón* y los *Sueños* de Quevedo en inglés (Londres, 1670 y 1668 respectivamente); cinco comedias de Lope de Vega (1675-1683) y dos comedias de Tirso (1678-1683); las *Obras* de Gracián en castellano (Madrid, 1674) y su *Criticón* en inglés (1681); testamentos ridículos de Cristóbal Bravo (1676-1682); comedias de María de Zayas; dramas sacros de Pérez de Montalbán (1675-1682); cuatro comedias de Calderón (1671-1680), y una ristra de “romances famosos”, loas, coplas, “casos notables”, “relaciones verdaderas” acerca de sucesos increíbles y ridículos, refranes, proverbios y “modos de hablar castellanos”, “cuentos graciosos”, panegíricos, más y más comedias u otras piezas dramáticas.

El valor que Pepys asignaba a sus volúmenes españoles se puede medir por la recurrencia con que nuestro coleccionista se enfrascaba en su lectura y por la fruición con que buscaba comprarlos, cosas ambas que él mismo dejó consignadas en el *Diario*. Por ejemplo, el 11 de febrero de 1660 (1659 para Pepys, ya que en Inglaterra el año comenzaba entonces el 1º de abril), Samuel escribía: “[...] to my office, where I read all the morning my Spanish book of Rome”<sup>41</sup>. El 3 de julio de 1661, registraba que, camino de su casa, había preguntado en Duck Lane “for some Spanish books”, pero ninguno le había gustado<sup>42</sup>. El 27 de marzo de 1663, decía haberse detenido un poco en la plaza de San Pablo, “at the foreign bookseller’s looking

<sup>41</sup> *The Diary of Samuel Pepys M.A. F.R.S. ... with Lord Barybrooke’s notes*, edited with additions by Henry B. Wheatley F.S.A. 10 tomos. Londres-Cambridge, George Bell-Deighton Bell, 1899, tomo 1, p. 50. Podría tratarse, en realidad, de un libro de autor italiano pero en traducción española, que se encuentra en la biblioteca pepsiana: Girolamo Franzini, *Las cosas maravillosas de la Sancta Ciudad de Roma*. Roma, 1651.

<sup>42</sup> *The Diary... op. cit.*, tomo 2, p. 63.

over some Spanish books”<sup>43</sup>. El 24 de abril de 1668, Pepys volvió a Duck Lane, curioseó la biblioteca, recién comprada por un comerciante londinense de libros, que había pertenecido a Nicolás Fouquet, el ministro de finanzas de Luis XIV caído en desgracia, pero compró al fin una obra española, *Los ilustres varones* (que probablemente era la *Summa de varones ilustres* de Juan Sedeño, ya citada)<sup>44</sup>. El 6 de noviembre de 1668, Samuel vio un libro que ansiaba poseer, desde que Lord Sandwich se lo había prometido una vez: *La descripción de El Escorial en España*; debió de tratarse del *in-folio* sobre la “única maravilla del mundo”, editado por Francisco de los Santos en Madrid en 1657<sup>45</sup>. El 28 de abril de 1669, Pepys recibió los dos tomos de la *Historia de España* escrita por Juan de Mariana y agradeció por ello efusivamente al señor Sheres, quien le había enviado la obra<sup>46</sup>.

Sin embargo, a partir de la ubicación de esos materiales libresco en el catálogo confeccionado por el mismo Samuel<sup>47</sup>, podemos deducir otros rasgos importantes de la apropiación de la cultura española que Pepys realizaba. Por una parte, parecería que nuestro hombre consideraba central la comprensión del papel histórico y político de España en Europa, si se quería alcanzar un conocimiento fundado sobre la formación de la sociedad moderna. En la entrada “History, Ancient and Modern, Foreign and Domestick”, indicador fundamental del catálogo manuscrito, Pepys discriminaba una parte especial bajo el título “Spain” y los subtítulos “Grandezas y excelencias”, “perdida de [España]” y “Poblacion general de [España]”, en contrapunto con las secciones dedicadas a “Church”, “England”, “Wales”, “Scotland”, “Ireland”, “France” y “Roman historians, Ancients and Moderns”<sup>48</sup>. Por otra parte, la gran entrada “Plays and Dramatick Poetry” dedicaba doce páginas del manuscrito al teatro inglés, tres al teatro francés, dos al español y nada más, con lo que se asentaba la preeminencia contemporánea de esas tres dramaturgias por sobre las del resto de Europa<sup>49</sup>. Pero, un punto también revelador es que la literatura castellana de ficción figuraba en el catálogo de Pepys como la pieza maestra del apartado “Diversion”, donde Montemayor, Cervantes, Quevedo, Gracián, María de Zayas y las “contienda graciosa” prevalecían respecto de Erasmo, Boccacini y el *Hudibras*<sup>50</sup>. Una España hasta cierto punto paradójica, mezcla de Clío y Talía, maestra austera de los dolores de la historia y musa de la risa reparadora de una humanidad herida.

b) Acerca del binomio semiótico textos-imágenes y de la presencia simultánea de los objetos materiales que son los libros y las estampas, la biblioteca de Pepys era un bello ejemplo del empleo equiparable de los unos y las otras que promovía

<sup>43</sup> *Ibidem*, tomo 3, pp. 77-78.

<sup>44</sup> *Ibidem*, tomo 7, pp. 408-409.

<sup>45</sup> *Ibidem*, tomo 8, p. 144.

<sup>46</sup> *Ibidem*, tomo 8, p. 309.

<sup>47</sup> *Catalogue of the Pepys Library ... op. cit.*, Nueva Jersey, D.S. Brewer Ltd. Rowman & Littlefield, vol. VII: *Facsimile of Pepys's Catalogue*, ed. by David McKitterick, 1991.

<sup>48</sup> *Ibidem*, pp. 81-108.

<sup>49</sup> *Ibidem*, pp. 207-223, especialmente 222-223 para las piezas españolas.

<sup>50</sup> *Ibidem*, pp. 57-60.

la cultura letrada europea en la segunda mitad del siglo XVII<sup>51</sup>. En el *Diario*, son una constante las muestras de la pasión de Pepys por las imágenes en general, fuesen pinturas, grabados, estampas o dibujos. El 9 de octubre de 1660, durante una visita al enfermo Lord Sandwich, Samuel quedó prendado del retrato de ese noble amigo, pintado por Lely<sup>52</sup>. Un mes más tarde, nuestro hombre concurrió a la taberna del *Globe* y aprovechó para adquirir dos pinturas que no gustaron a su esposa; Pepys devolvió uno de los cuadros que representaba una vista de París<sup>53</sup>. Entre enero y junio de 1662, Samuel fue a encontrar al miniaturista Samuel Cooper y al gran Peter Lely en su taller<sup>54</sup>. Las excursiones se repitieron, en el caso de Cooper, el 30 de marzo de 1668 y, en el caso de Lely, el 18 de abril de 1666<sup>55</sup>, ocasión en la que Pepys concurrió también al negocio del vendedor de estampas cerca de la Bolsa: “[...] and there did see great plenty of fine prints; but did not buy any, only a print of an old pillar in Rome made for a Naval Triumph which for the antiquity of the shape of ships, I buy and keepe”. El 25 de enero de 1669, al regresar a su casa, Samuel quedó extasiado frente a los grabados “most excellent” que le mostró su esposa y que el agente Batelier le había conseguido en Francia: se trataba de retratos, hechos por Robert Nanteuil, de Luis XIV, el ministro Colbert y otros personajes de la corte de Versalles<sup>56</sup>. El asesoramiento y la guía de John Evelyn en la apreciación y compra de imágenes se hizo patente en el asiento del 5 de noviembre de 1665: en Deptford, “there made a visit to Mr Evelyn, who, among other things, showed the most excellent painting in little, in distemper, Indian Incke, matter colours, graveing, and, above all, the whole secret of *Mezzo-tinto*, and the manner of it, which is very pretty, and good things done with it”<sup>57</sup>.

La correspondencia de Pepys despliega ese mismo entusiasmo iconográfico. El 8 de febrero de 1700, Pepys se dirigía a su sobrino, John Jackson, y le pedía que le comprase láminas para poner en marcos en los siguientes términos:

“As for prints, I wood be glad of a few, but those very good ones only, of any thing to publick prosessions, cavalcads, canonizations, or any other solemnitys extraordinary relating to the Church, anticuteys, or town of Rome; I meane single prints, not books of setts, for of those you know I have good plenty”<sup>58</sup>.

---

<sup>51</sup> No está demás subrayar que el lote español se hace notar entre los casi 2000 retratos que compiló Eric Chamberlain en *Catalogue of the Pepys Library ... op. cit.*, Nueva Jersey, D.S. Brewer Ltd. Rowman & Littlefield, vol. III: *Prints and drawings. Part II: Portraits*, 1994. Algunos de los personajes españoles presentes en la galería de la historia europea son: Carlos I, Felipe II, Felipe III, Felipe IV, Carlos II, Felipe V, Ana de Austria, María Teresa de Austria, Gonzalo y Antonio Pérez, Olivares, el cardenal Portocarrero, Francisco Pizarro, San Francisco Xavier, Francisco Fernández confesor de Ana de Austria.

<sup>52</sup> *The Diary... op. cit.*, tomo 1, p. 257.

<sup>53</sup> *Ibidem*, 19 de noviembre de 1660, tomo 1, p. 285.

<sup>54</sup> *Ibidem*, 2 de enero de 1661, 18 de junio de 1662, tomo 2, pp. 163 y 260.

<sup>55</sup> *Ibidem*, tomo 7, pp. 382-383; tomo 6, pp. 272-273.

<sup>56</sup> *Ibidem*, tomo 8, p. 211.

<sup>57</sup> *Ibidem*, tomo 5, p. 137.

<sup>58</sup> Cit. en *Catalogue of the Pepys Library ... op. cit.*, Nueva Jersey, D.S. Brewer Ltd. Rowman & Littlefield, vol. III: *Prints and drawings. Part I... op. cit.*, p. XIII.

Recordemos que el viaje a Francia realizado por Pepys en 1669 y 1670 fue el momento en el que nuestro amigo, a instancias de Evelyn, vio despertar su amor por los grabados y estampas. En París, adquirió obras de Nanteuil, de Bosse y del caballero inglés Mr. Faithorne, al que conoció personalmente y quien tal vez lo conectó con otro insigne coleccionista de la época: Michel de Marolles, abate de Villeloin (1600-1681), un personaje sobre el que valdría la pena detenerse un poco. Marolles había convencido a Faithorne de que se dedicase al grabado. Su lema era el verso siete del *Salmo 39 (38)*: “*In imagine pertransit homo*”, “el hombre pasa como una imagen”, frase revelada que proporcionó al abate la justificación de su afán casi religioso de acumular estampas y grabados. Hacia 1666, Marolles había reunido 123.000 piezas, realizadas por más de 6000 maestros, en 400 grandes volúmenes, a los que debían de sumarse otros 120 pequeños biblioratos. En aquel año, el clérigo de Villeloin realizó e imprimió el catálogo de su calcoteca, digna de la biblioteca de un rey<sup>59</sup>, para el caso en que, por causa de la debilidad de su vista, ya no le resultase accesible su contemplación y se viese en la necesidad de venderla. Marolles encontraba en las estampas un medio privilegiado para el conocimiento de la historia, de las ciencias divinas y humanas y de las bellas artes. Los grabados habían puesto frente a sus ojos los combates de tierra y de mar, los retratos de los hombres ilustres, los árboles genealógicos, las vestimentas de las naciones y sus ceremonias, las ciudades, las divisas y los emblemas, los edificios, las estatuas, las medallas y monedas, las máquinas de la guerra y de las artes mecánicas, los torneos, las cabalgatas y mascaradas, hasta las torturas, masacres y suplicios. “*Les Proverbes memes n’y ont esté oubliez*, declaraba Marolles, *non plus que beaucoup d’avantures facecieuses: car je n’ay rien voulu negliger dans cette sorte de curiosité*”<sup>60</sup>. Pero el abate enfatizaba el hecho de que una colección de estampas no sólo hacía más bella y rica una biblioteca sino que, aun cuando los libros de estampas eran más caros y más raros que los libros comunes, las imágenes grabadas costaban sensiblemente menos que las pinturas o las esculturas que también solían adquirirse para adornar una biblioteca. De cualquier manera, no sólo se trataba de una cuestión de ornamento, porque la rareza señalada de los libros de ilustraciones convertía a las imágenes en objetos preciosos para acceder a un conocimiento más completo, más cargado de matices, de las ciencias y de las bellas letras<sup>61</sup>.

Volvamos a Pepys. Basado en todos los testimonios que consignamos, P.H. Hulston, el comentarista del tercer volumen sobre grabados y dibujos en el catálogo de la Pepysiana (1994), ha considerado que Samuel no fue un *connoisseur* en materia

<sup>59</sup> Marolles, M. de, abbé de Villeloin, *Catalogue de livres d’estampes et de figures en taille douce. Avec un dénombrement de pièces qui y son contenues. Fait à Paris en l’année 1666*. París, Frédéric Léonard, 1666, in-12º.

<sup>60</sup> *Ibidem*, pp. 7-13. El volumen CXCVII del *Catalogue* era un libro de *Facéties*, «*c’est à dire, de choses bouffonnes et grotesques, est composé de plusieurs pieces de divers Maistres de tous les païs, 1034 pieces*» (*ibidem*, p. 105). J.E.B. tiene en preparación un artículo sobre este lote, que compró Colbert para la biblioteca del rey de Francia y se encuentra hoy en el *Cabinet des Estampes* de la *Bibliothèque Nationale de France*.

<sup>61</sup> *Ibidem*, pp. 6 y 18.



de arte, al contrario de su consejero y amigo Evelyn, sino un hombre obsesivamente curioso quien, llevado por un “inmense appetite for information”, alcanzó “a deeper and better informed desire” cada día “to acquire more prints from whatever source”<sup>62</sup>. A pesar de la validez genérica de semejante punto de vista, creemos que el examen de las formas de apropiación, que Pepys cultivaba, de los significados y las representaciones contenidos en los textos y las imágenes de sus colecciones, nos permite descubrir una práctica de construcción del conocimiento fundada en una experiencia bifronte, lo más densa y sistemática posible, del ojo y de la mente. La nota del 2 de octubre de 1664 en el *Diario* consignó un hecho curioso. Pepys vio expuesta, ese día, en la iglesia de Bishopsgate la anteportada del gran *Prayer Book* de Jacobo I, editado como *in-folio* en 1661: era un grabado con la representación de un altar<sup>63</sup>. Tal práctica de exhibir ese tipo de estampas en las iglesias se remontaba, por lo menos, a los tiempos de Isabel I<sup>64</sup> y parecía inducir una contemplación serena de imágenes, a la par de admirativa en los planos estético y técnico del dibujo y de la actividad tipográfica de lujo, mucho más que en el plano de la devoción religiosa. Quizá se intentaba con ello eliminar el aura sacra de las imágenes cristianas tradicionales, sólo permitidas en semejante carácter por el culto católico a partir de mediados del siglo XVI, pero conservarles o directamente crearles un aura artística que proporcionase alguna emoción —el sentimiento de maravilla ante las destrezas del hombre, por ejemplo—, de las pocas admisibles para las representaciones visuales según la nueva axiología protestante. Lo cierto es que, desde su viaje a París, Pepys se dedicó con fruición a conseguir y comprar frontispicios grabados de libros, estampas que debían de venderse separadas de los volúmenes y de las que Samuel logró reunir 888, independientemente de las que acompañaban, por supuesto, a los libros de su biblioteca<sup>65</sup>. La cifra es impresionante, por cierto, más si se tiene en cuenta que entre esas ochocientas y tantas portadas ninguna coincidió con los frontispicios ilustrados de los ejemplares completos de la librería. De manera que, en primer lugar, podemos suponer que nuestro coleccionista buscaba objetos bellos de por sí y hermosamente realizados, aunque, en una segunda instancia, es probable que él haya querido tener también un “reader’s first encounter” visual e iconográfico con el contenido de un libro, que le resultara inaccesible por su precio o rareza, si aceptamos la descripción tan ajustada que Kevin Sharpe hizo del empleo de los frontispicios en los actos complejos de lectura, precisamente para el caso inglés del siglo XVII<sup>66</sup>. Así pues, en la contemplación de portadas separadas de los textos,

<sup>62</sup> *Catalogue of the Pepys Library ... op. cit.*, Nueva Jersey, D.S. Brewer Ltd. Rowman & Littlefield, vol. III: *Prints and drawings. Part I... op. cit.*, p. XIII.

<sup>63</sup> *The Diary... op. cit.*, tomo 4, p. 256.

<sup>64</sup> Véase S.R. Westfall, *Patrons and Performance*, Oxford, Clarendon Press, 1990, p. 24. Debemos este dato a nuestro ya citado colega Nicolás Kwiatkowski, quien también ha escrito páginas esclarecedoras, aún inéditas, acerca del papel asignado a los frontispicios de libros en los procesos de lectura y de apropiación de los sentidos presentes en los textos impresos. Agradecemos a Nicolás el que nos haya permitido leer sus cuartillas.

<sup>65</sup> *Catalogue of the Pepys Library ... op. cit.*, Nueva Jersey, D.S. Brewer Ltd. Rowman & Littlefield, vol. III: *Prints and drawings. Part I... op. cit.*, pp. 87-175.

<sup>66</sup> Sharpe, Kevin, *Reading Revolutions. The Politics of Reading in Early Modern England*. New Haven & Londres, Yale University Press, 2000, pp. 46-50.

Pepys habría sintetizado una experiencia sublimada, intelectual a la par de sensible, medular y constituyente de la apropiación lógica y emocional de los materiales reunidos en su biblioteca.

c) Por último, intentemos percibir el modo en que Samuel Pepys vinculó sus colecciones con el programa baconiano de ordenamiento y clasificación de las ciencias, tal como Evelyn había sugerido en el final de su carta de 1689 (La sistematización emprendida por nuestro coleccionista fue también un eco lejano de los criterios aconsejados por Naudé en el *Advis*)<sup>67</sup>. El catálogo manuscrito, que Pepys realizó los últimos años de su vida, nos brinda una clave preciosa en aquel sentido, porque descubrimos enseguida “refractadas” en él las ideas expuestas por Bacon en la edición de 1605 del *Advancement of Learning* sobre las partes de la historia: eclesiástica, civil, natural y literaria. En la entrada general del catálogo bajo la denominación “History, Ancient and Modern, Foreign and Domestick”, “Church” es una sección equiparable a “Natural”, mientras que la historia civil se despliega en la historia antigua y en las historias particulares de las naciones modernas, de acuerdo con lo que ya explicamos. La literatura se dispersa en varias entradas generales como “Grammars, Dictionaries, Etymologicons, Glossaries and Lexicons”, “Letters”, “Plays and Dramatick Poetry” (con las distinciones consignadas), “Poems” (discriminados entre “latin and greek”, “english, french and others”)<sup>68</sup>.

Sin embargo, la irrupción de las nociones del *Advancement* se hace notoria en la parte primera y más importante del catálogo manuscrito, la dedicada a las “Arts and Sciences”<sup>69</sup>. Allí, Pepys realiza el *desideratum* de Bacon sobre el árbol del conocimiento o la máquina de la memoria y del saber universales. La biblioteca pepysiana clasificada se convierte en una suerte de matriz de la historia de las artes mecánicas o de la naturaleza modificada, que el señor de Verulam planteó como base del progreso y la renovación de las ciencias<sup>70</sup>. Desfilan de tal suerte: la agricultura, la arquitectura, la aritmética, la astrología, la astronomía, el arte de escribir, la carpintería, el corte de piedras para pavimentos y para esculturas, la quiromancia, la química, la confitería, la encuadernación, la criptografía, el arte de cocinar, el damasquinado, la danza, el arte de enseñar a hablar a los mudos y a los sordos, el dibujo, el dorado, la tintorería, el esmaltado, las técnicas del grabado, el arte de abocetar, la fortificación, la geografía, la geometría, la vidriería y el arte de los espejos, la heráldica, la equitación, la jardinería, la marquetaría, el arte de la miniatura, la lógica, la albañilería, la métrica, la mnemotecnia, el arte del mosaico, la música, la natación, la navegación, la óptica y la perspectiva, la pintura, la plomería, la retórica, el arte de imprimir, la orfebrería y otras artes y ciencias, que se verá reaparecer medio siglo más tarde, sin grandes cambios de nombre ni de definición de los objetos y alcances de cada una de ellas, en la *Encyclopédie* de Diderot y D’Alembert.

<sup>67</sup> Naudé, *op. cit.*, capítulo IV, pp. 38-94.

<sup>68</sup> Rossi, Paolo, *Francesco Bacone. Dalla magia alla scienza*. Bari, Laterza, 1957, pp. 132-148.

<sup>69</sup> *Catalogue of the Pepys Library ... op. cit.*, Nueva Jersey, D.S. Brewer Ltd. Rowman & Littlefield, vol. VII: *Facsimile of Pepys's Catalogue... op. cit.*, pp. 1-12.

<sup>70</sup> Rossi, Paolo, *Francesco Bacone... op. cit.*, pp. 23-49 y 494-504.

IV. Larga y fundada es la tradición historiográfica que hizo de Samuel Pepys un arquetipo del burgués moderno<sup>71</sup>. Por eso creemos que nuestra incursión en la correspondencia entre Evelyn y Pepys a propósito de las colecciones de libros, monedas y estampas, extendida luego al catálogo manuscrito de la biblioteca de Samuel, nos ha permitido, a partir de algunas huellas y detalles, trazar un cuadro del saber de la burguesía en ascenso en la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVII. Quizás hemos mostrado que ese conocimiento de la nueva clase tenía una doble faz: complejo, abierto al mundo y fluido, sus constructores no dejaban por ello de sentir una necesidad imperiosa de sistematización sobre la que residían la comunicabilidad de ese saber inédito, su capacidad para convertirse en un legado o tradición moderna (valga el oxímoron) y su carácter *in fieri* de trabajo colectivo de la humanidad a lo largo de las generaciones. Al mismo tiempo, hemos descubierto en el sujeto lector que fue Samuel Pepys una multiplicidad de prácticas culturales y un vaivén central entre textos e imágenes en la composición de todas ellas. Discursos legibles y representaciones visuales formaban ya el núcleo de la lucidez que buscaban los modernos<sup>72</sup>.

## APÉNDICE

*Carta de sir John Evelyn a Samuel Pepys  
sobre el orden y ornamento de su biblioteca  
12 de agosto de 1689*

Traducción por Adriana Pawelkowski.

John Evelyn a Samuel Pepys  
Sayes Court, 12 de agosto de 1689.

Señor,

El último miércoles por la tarde, fui [a su casa] para saludarlo, pero al encontrar que usted estaba afuera y, por mi parte yo estaba obligado a regresar esa misma noche, ya que debía recibir a la condesa de Sunderland, quien me envió un mensaje de que me visitaría en mi casa a la mañana siguiente temprano, antes de embarcarse para Holanda, ahora le escribo lo que le hubiera dicho a usted, si el tiempo lo hubiera permitido, y que es darle a conocer [mi opinión] respecto de su último

---

<sup>71</sup> Hill, Christopher, *The Collected Essays*, Amherst, Mass, 1985, vol. 1: *Writing and Revolution in 17th Century England*; Amelang, James S., "El burgués", en Villari, Rosario (ed.), *El hombre barroco*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 392-395.

<sup>72</sup> Para esta cuestión básica, remitimos al capítulo «Ocio y negocio en la Edad Moderna», en Chartier, Roger, *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*. México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 2005, pp. 133-165.

comunicado sobre su deseo de adornar su selecta biblioteca con los cuadros de hombres ilustres, por sus conocimientos y erudición. Ni siquiera sospechaba su intención de colocar mi pobre cabeza entre la de esos héroes, quienes sabiéndome no merecedor de tal honor, a pesar de vuestra buena opinión sobre Mr. Kneller, por su habilidad para dibujar del natural, o bien condenarían su color al no retratarme sonrojado, o bien mi impudicia por no haberlo hecho. Pero esto no es todo, porque los hombres cuestionarán su juicio o sospecharán de su lisonjería si no depone [su actitud], porque, en honor a la verdad, cuando considero seriamente cuán desubicado he de parecer entre la clase de aquellos caballeros eruditos, no puedo menos que avergonzarme totalmente y diría, con mucha más razón que Marullo (después de una recensión de los famosos poetas)

*Nos, si quis Inter caeteros locat vates,  
Onerat, quam honorat verius*<sup>73</sup>.

Es una lástima y una disminución que un lugar tan elegante y una colección tan preciosa tuviera algo vulgar, tal como Pablo Giovio ha dicho, tal como usted me contó que quería lograr; los Boyles, los Gales y los Newtons de nuestra nación: en nombre de Dios ¿qué haría un plantador de coliflor entre tales celebridades? Dejando esto de lado, le confieso que no me desagrada la ocurrencia del último Lord canceller Hyde, que para adornar su majestuoso palacio (ya demolido), coleccionó los cuadros de tantos de nuestros famosos hombres del país como pudo comprar o conseguir, en lugar de cabezas y bustos de extranjeros, cuyos nombres, debido al error imperdonable o (lo llamaría) orgullo de los pintores, desdeñan poner en sus obras; imaginando que así deshonorarían su arte, no queriendo transmitir nada valioso a la posteridad, más que caras, lo que nada significan para el poseedor (a menos que sus parientes fueran a vivir para siempre y eternamente), de tal manera que uno no puede decir si fueron dibujados a partir del retrato de alguno de sus amigos o ancestros, o [si se trata del] cuadro de algún maletero o de algún escuálido deshollinador, cuya barba prolija y su frente arrugada podrían hacerlos pasar por un filósofo. Estoy totalmente indignado con esta tontería, cada vez que considero que se pagan sumas extravagantes por una cabellera seca de alguna pintura italiana, ya sea de Rafael o del propio Tiziano, y sería infinitamente más aceptable si se nos asegurara que se trata del cuadro del sabio conde de la Mirándola, Policiano, Guicciardini, Maquiavelo, Petrarca, Ariosto, o Tasso; o de algún Papa famoso, príncipe, poeta u otro héroe de aquellos tiempos. ¡Dadme un Carlomagno, un Tamerlán, un Scanderbeg, Solimán el Magnífico, Mateo Corvino, Lorenzo y Cosme de Médici, Andrea Doria, Fernando Cortés, Colón, Américo Vesputio, Castruccio Castracani y un Sforza; las efigies de Cardano, y ambos Escalígeros, Tycho Brahe, Copérnico y Galileo. Quiero decir, dadme los retratos de una Isabel de Aragón o Castilla, y sus cuatro hijas; Lucrecia D'Este (con quien nuestra reina está emparentada), Victoria Colonna,

---

<sup>73</sup> Quien nos coloca entre varios poetas sobrecarga más que honra a la verdad.

Hipólita Strozzi, Laura de Petrarca, Ana María Schurman, y sobre todo, Helena Cornaro, hija de un procurador de San Marcos (una de las familias más ilustres de Venecia), quien recibió el grado de doctora en Padua por su conocimiento universal y por su erudición, debido a la porfía de esa universidad famosa que prevaleció sobre su modestia. A menudo había sido solicitada en matrimonio honorable por muchas personas notables, pero ella prefirió a las musas antes que otras consideraciones, se mantuvo virgen, y no hace mucho tiempo que falleció, sus exequias fueron celebradas en Roma, por medio de una procesión solemne, y el elogio de todos los presentes de aquella famosa ciudad. No debo olvidar a los ilustres de nuestra nación, de ambos sexos: los Westons, los Moores, los Seymours, Sir J. Cheke, Ana Condesa de Oxon (cuyo monumento se halla en la Abadía de Westminster), la fallecida señora Philips, y la princesa Isabel, la hija mayor de la desafortunada reina de Bohemia, a quien el gran Descartes dedica sus libros, junto a un mundo de los personajes más célebres, famosos por las armas y las artes, apenas más que la cortesana más hermosa o prostituta de todas ellas, quien no tiene nada para elogiar sino sólo su impudicia y el haber sido una prostituta retratada. ¿Alguna vez se ha visto perjudicada la gloria del inimitable Holbein por poner los nombres de nuestro gran Duque de Norfolk, Enrique VIII cuando era menos corpulento, Eduardo VI y el tesorero Cromwell, Jane Seymour, Ana Bolena, Charles Brandon, Althea Talbot condesa de Arundel, el cardenal Wolsey, Tomás Moro y sus sabias hijas, Sir Brian Tuke, el Dr. Noel, Erasmo, Melancthon, e incluso el honesto Frobenius entre otros innumerables ilustres de esa época, por sabiduría y otras virtudes? Me pregunto si todo ello implicó la más mínima disminución de la fama de quien realmente pintó del natural, respecto de los otros hombres coetáneos suyos, pero en honor a la verdad, los pintores, desde el principio, parecen celosos de su propio honor y temerosos de ser olvidados, por eso encontramos ΓΛΑΨΚΩΝ ΑΘΗΝΑΙΟC ΕΠΟΙΕΙ<sup>74</sup> esculpido en el Hércules Farnesio, y *Michael Angelo Fecit, P.P. Rubens pinxit, Marco Antonio caelavit, etc.* No hay una sola de estas miserables impresiones que lleve el nombre del que no es el artista, de la misma manera nuestros pintores no tienen el cuidado de transmitir a la posteridad los nombres de las personas a quienes [ellos] representan; debido a dicha negligencia tantas piezas excelentes llegan, luego de algún tiempo, a estar dispersas entre buhoneros y tapiceros, quienes las exponen en las calles, en cualquier esquina sucia e infame. Es entre sus trastos polvorientos que nos encontramos, con frecuencia, con la reina Isabel, la reina María de Escocia, la condesa de Pembroke, los condes de Leicester y Essex, Sir Walter Raleigh, Sir Philip Sydney, Cecil, Buckhurst, Walsingham, Sir Francis Bacon, el rey Jacobo y su favorito Buckingham, y otros (que hicieron el gran perfil de esta nación); John Huss, Zisca, Lutero, Calvino, Beza, Sozzini, los príncipes de Orange Guillermo y Mauricio, Carlos V, Felipe II, Francisco I; los duques de Alba, Parma, Don Juan de Austria, y el conde Egmont; autores de sectas, grandes capitanes y políticos (famosos de nuestra historia y la de otros países), muchas veces arrumbados detrás de los percheros cubiertos de polvo y telarañas. El hecho es que hombres

---

<sup>74</sup> Lo hizo Glaucón el Ateniense.

interesados en libros y antigüedades han tenido siempre en tal estima las medallas, que las han convertido en el mueble más necesario de su biblioteca; porque gracias a ellas, no sólo estamos informados de la imagen real y el título que llevaban, sino que también nos han desvelado, en sus reversos, qué heroica hazaña realizaron. Sus famosos templos, basílicas, termas, anfiteatros, acueductos, circos, naumaquias, puentes, arcos de triunfo, columnas, estructuras pomposas históricas y otras construcciones [realizadas] por ellos. Y todo esto ha sido de gran ayuda para la recuperación de la arquitectura antigua y magnífica, cuyos monumentos reales habían sido desfigurados tan bárbaramente por los godos y otros invasores truculentos, que sin esta luz (y algunas pocas ruinas aún existentes justifican aquellas representaciones), sin el orden tan útil, el ornamento de las columnas y sus partes asociadas habrían sido conocidos muy difícilmente, a partir del texto de Vitruvio y todos sus comentaristas eruditos; y hasta Daniel Barbaro, León Alberti, Rafael, Miguel Ángel, y otros rescataron del polvo y restauraron tan noble arte, por sí mismos y con la ayuda de otros hombres sabios, gracias a la consulta y la comparación de los reversos de medallas y medallones. Además de lo que contribuyeron considerablemente a la elucidación de muchos pasajes de historia, cronología y geografía. Así que no veo cómo la biblioteca de Mr. Pepys puede continuar sin este complemento necesario. Es entre las medallas que encontramos a los antiguos legisladores, Licurgo, Solón, Numa, etc. Allí encontramos a Orfeo, Lino, y los antiguos bardos; y hay una mención del *nummus Homericus* por Estrabón, y (si recuerdo bien) también por el propio Aristóteles, como también existen las del bravo Héctor y de Aquiles. Así como entre ellas podemos ver qué tipo de personas eran Arístides, Temístocles, Epaminondas, Milcíades, Alejandro, Ciro, Darío, etc. Los filósofos importantes Sócrates, Pitágoras, Platón, Aristóteles, Epicuro, Zenón, y Demóstenes, muestran sus caras hasta el presente, veneradas en nuestras medallas. Las de los hebreos, representan para nosotros la vara de Aarón y el pote de maná, y muestran cómo Judá fue llevado cautivo. Por las medallas llegamos a entender las antiguas pesas y medidas y el valor de las monedas. Usted verá allí cuándo fue que esos príncipes asumieron las coronas radiantes, y de qué [material] era la diadema. Debería continuar con el púnico Aníbal, Juba, etc. hasta el consulado y el imperio romano, desde Rómulo, los Escipiones, Catones, descendiendo hasta nuestra época, si después de Pertinax y la decadencia de ese imperio, las esculturas y todas las buenas artes no hubieran caído con él [imperio]. Por lo tanto, usted estará interesado en tener los primeros Césares, el gran Julio (después de su victoria en Farsalia), por tratarse del primero a quien se honró con efigies, viejo, encorvado y calvo tal como era, en medallas, o más bien en monedas, las cuales es difícil conseguir, ya sea en oro o cobre. Hay de esos y también de otros emperadores con inscripciones griegas. ¿Quién no se ha de deleitar al contemplar las efigies verdaderas del famoso Augusto, el cruel Nerón, y su maestro Séneca? ¿Vespasiano, Tito, Nerva, Trajano, Antonino, Severo, el gran Constantino y su devota madre Helena? Porque nosotros tenemos en medallas a la bella Cleopatra y su amante; Drusila, Livia, Julia, Agripina, Antonia, Valeria, Mesalina, Octavia, Popea Sabina, todas ellas augustas; y varias más del bello sexo que gobernaron el mundo. Yo he visto una serie de Papas desde San Pedro; y entre los reputados/famosos herejes, el medallón del martirio de John Huss y de Jerónimo de

Praga, con la inscripción memorable *Post centum annos vos Cito*, plazo que coincidió con la aparición de Martín Lutero, exactamente en ese período. Pero, señor a esta altura soy consciente de que lo he agotado absolutamente con las medallas; por consiguiente no diré nada respecto de las observaciones sobre la clasificación, el filo, el brillo y otras señas necesarias para ser un experto, para prevenir el ser engañado y abusado con copias y falsificaciones de lo antiguo y original, (aunque inclusive todas las copias, si están bien reproducidas y estampadas, o fundidas no han de ser rechazadas); porque tanto por esto como por todo el resto, usted consultará a Fulvius Ursinus, Goltzias, Monsieur St. Amant, Otto, Dr. Spon, Vaillant, Dr. Patin, e (*instar omnium*) el más erudito Spanhemius en ese tratado *De praestantiâ et usu Numismatum Antiquorum*. Además usted aprovechará a sus amigos, el Dr. Gale, Mr. Henshaw, Hill, y Mr. Justell, sobre cuya destreza y juicio usted puede confiar; aunque incluso el más hábil puede, ahora y entonces estar equivocado; pero usted estará seguro de que no ha de ser pagado con desechos, tal como no llamo (según dije) a lo antiguo moderno si está bien imitado. Estas personas, sus amigos que mencioné, estoy seguro estarán listas para asistirlo en esta loable curiosidad. Y si ellas [las medallas] pueden ser compradas juntas, como accidentalmente algunas veces se puede hacer, esto lo salvará de un gran desgaste de esfuerzo y lo enriquecerá de una sola vez. Pero, por otra parte, [las medallas] probablemente sean halladas entre los orfebres, y casualmente, cuando uno camina por las calles, y pasa frente a sus negocios, el Sr. Ashmole, nuestro común amigo, había coleccionado todas las monedas antiguas y modernas de este reino, las cuales eran muy raras, junto con algunas medallas de nuestros reyes británicos, sajones y otros, con motivo de nacimientos, coronaciones, casamientos y otras solemnidades. No sé si esas medallas escaparon del incendio de su estudio en el Middle Temple. Pero para mayor precisión en el orden y la disposición de medallas, de tal manera que uno pueda sacarlas con mayor comodidad de sus repositorios, Mr. Carlton<sup>75</sup>, miembro de esa sociedad, tiene un método peculiar, por ser el más elegante y raramente provisto en todas sus otras colecciones. Por otro lado, los interesados en esta clase de conocimientos (me refiero a las medallas), antiguamente, y creo que todavía en la actualidad, eran muy pocos en Inglaterra. Porque además de Sir Robert Cotton, Mr. Selden, Sir Simon D'Ewes, Sir Thomas Hanmer de Hanmer, Sir William Paston, y el fallecido Mr. Hervey, difícilmente encuentre algún otro [interesado]. Aquel gran amante de lo antiguo, Thomas conde de Arundel, tenía una colección muy rica, tanto de medallas como de otros sellos, pertenecientes al gabinete de Daniel Nice, que [Arundel] compró por un costo de diez mil libras. Esa colección, junto con otras rarezas innumerables, ha sido fragmentada y dispersada por la condesa, cuando llevó ese tesoro a Amsterdam mientras que mi Lord estaba en Italia, donde murió. Además, gran cantidad de las medallas las entregó también a su amado hijo, el fallecido e infeliz Vizconde Stafford; y las que quedaron, Lely, Wright y el resto de los pintores alcahuetes y "señoritas" se las han arrebatado al fallecido Duque de Norfolk. El mismo destino tuvo una colección noble de medallas, perteneciente al entonces curioso Sir

---

<sup>75</sup> Ver *Diary*, p. 456

Simon Fanshaw, de Ware Park; después de su deceso, las medallas fueron desperdigadas por la casa (como me ha contado ese valioso caballero, su hijo, Sir Richard, Lord embajador en España, de quien obtuve el relato) para que los niños jugaran a contarlas: así sucedió con aquellos elegantes tipos [de imprenta] que Sir Henry Savill en Eton, erudito caballero, se procuró con gran gasto para su edición de San Crisóstomo; y así comúnmente sucede con tales curiosidades cuando el próximo heredero no es un virtuoso. Pues vana cosa es unir el propio corazón a algo de tal naturaleza con tanta pasión y manía como hizo el insaciable conde que he mencionado en detrimento de su propiedad y su familia; *mediocria firma*. Las medallas de nuestras bibliotecas universitarias todavía no son importantes para nada, aunque Obadiah Walker fuera un promotor incansable de las medallas, y no un torpe en la materia. Mr. Ralph Sheldon de Weston, en Warwickshire, dejó una bella colección de oro, plata y cobre, antigua y moderna, parte de la cual fue legada a una hermana de mi Lady Tukes, quien no hace mucho ofreció venderlas. La llevé a Mr. Justell para que las viera, pero estaban muy sobrevaluadas. Nunca supe si, desde entonces, mi Lady las ha vendido. En la actualidad, no conozco a nadie que pueda mostrar una colección más selecta que la del Conde de Clarendon, a cuyo padre fallecido (después de este tedioso paréntesis) vuelvo, y tengo en mente entretenerlo a usted un poco más con lo que había comenzado, donde hablé de su propósito de acondicionar todas las habitaciones de la casa y otras dependencias con los cuadros de los más ilustres de nuestra nación, especialmente de la época y conocimiento de su Señoría [el padre del actual conde de Clarendon], y de algunos anteriores. Allí estaban de cuerpo entero, y como no dudo de que usted recordará bien haberlos visto, el gran duque de Buckingham, el bravo Sir Horace y Francis Vere, Sir Walter Raleigh, Sir Philip Sydney, el gran conde de Leicester, el tesorero Buckhurst, Burleigh, Walsingham, Cecil, Lord canceller Bacon, Ellesmere, y pienso que todos los últimos cancilleres y jueces importantes en los reinados de Isabel y sus sucesores Jacobo y Carlos I. Porque estaban el tesorero Weston, Cottington Duke Hamilton, el magnífico conde de Carlisle, los condes de Carnarvon, Bristol, Holland, Lindsey, Northumberland, Kingston, y Southampton; los lores Falkland y Digby (los nombres desordenadamente según me vienen a la memoria); y Carlos II, además de la familia real, los duques de Albemarle y Newcastle, los condes de Derby, Shrewsbury, St. Alban's, el bravo Montrose, Sandwich, Manchester, etc.; y los del birrete, Sir Edward Coke, el juez Berkely, Bramston, Sir Orlando Bridgman, Geoffrey Palmer; Selden, Vaughan, Sir Robert Cotton, Dugdale, Mr. Camden, Mr. Hales de Eton. Los arzobispos Abbot y Laud, los obispos Juxon, Sheldon, Morley y Duppa. El Dr. Sanderson, Brownrigg. El Dr. Donne, Chillingworth y algunos del clero, y otros de tiempos pasados y presente. Porque allí estaban los cuadros de Fisher, Fox, Tomas Moro, Thomas Lord Cromwell, el Dr. Nowel, etc. y los que eran más agradables para el humor general de su Señoría, el viejo Chaucer, Shakespeare, Beaumont y Fletcher, estos dos últimos estaban en una sola pieza, Spenser, Mr. Waller, Cowley, Hudibras, que por último él colocó en la habitación donde acostumbraba a comer y cenar en público; la mayoría de ellos, sino todos, están en la actualidad en Cornbury en Oxfordshire; junto con la biblioteca, que el actual conde ha mejorado mucho, además de que los libros que él tiene en Swallowfield no son nada despre-



ciables; y las copias manuscritas de los registros parlamentarios, periódicos y transacciones sobre los cuales he oído, de él mismo y del fallecido infortunado conde de Essex, (quien también tenía el mismo interés) asegurar que cuestan 500 libras de trascripción y encuadernación para albergarlos en una gran sala muy bonita. Para completar y promover esta colección noble y singular envié a su Señoría una lista de los siguientes nombres: los cardenales Pole y Wolsey; Gardner obispo de Winchester, Cranmer, Ridley, el viejo Latimer, el obispo Uscher, Mr. Hooker, Occham, Ripley, John Duns, Roger Bacon, Suisset, Tunstal obispo de Durham (corresponsal de Erasmo), Tompson, el venerable Beda, si por casualidad tales retratos se encuentran en algún antiguo libro de oficios o de misa, donde he visto algunas de aquellas viejas personas famosas cuidadosamente pintadas tanto del natural como de copias. Sir John Cheke, Sir Thomas Bodley, Smith, John Berkeley, Mr. Ascham, Sir Fulke Greville, Buchanan, el Dr Harvey, Gilbert, Mr. Oughtred, Sir Henry Wotton (todavía los nombro desordenadamente y no como un heraldo), Sir Francis Drake, Sir Richard Hawkins, Mr. Cavendish, Martín Frobisher, etc., algunos de los cuales, su Señoría consiguió, pero como usted sabe fue interrumpido, y después de todo este aparato y grandeza murió en el exilio y en medio del disgusto de su Majestad y el de otros que envidiaban su ascenso y su fortuna, *¡tam breves Populi Romani amores!* Pero no diré nada más de su ministerio y lo que fue la confirmación de su caída, pues hemos vivido para ver grandes revoluciones. Los bufones, parásitos, proxenetas y concubinas que lo suplantaron en la corte, no llegaron a nada poco después y por consiguiente merecen poca piedad. Aún es demasiado temprano para publicar los nombres de sus delatores, para precaución de los propios dientes. Pero el tiempo dirá la verdad y estoy seguro de que las cosas terminarán bien. Los negocios fueron infinitamente peor manejados desde su desgracia, y los dos últimos reyes cayeron en consejos tan perniciosos como siempre les sucedió a los príncipes. Cualquiera sea la habilidad de mi Lord canciller, en la ley o en política, los cargos de Estado y Justicia entonces fueron ocupados por hombres de antiguo honor y probidad inglesa menos dispuestos al soborno y a la ostentación; por lo menos, había algo de mayor seriedad y formalidad (cosas, no obstante cuestionables, necesarias en las Cortes); la magnificencia y la antigua hospitalidad en las casas de su Majestad, más acorde al genio de esta nación que la abierta y confesada lujuria y la vida profana que lo sucedió, *à la mode de France*, de la cual aquel favorito era un declarado enemigo, según mi conocimiento certero. En verdad, había asuntos abominables adjudicados a su cargo, lo cual nunca pude ver probado; y Ud. y yo podemos contar de muchos que han caído y aún sufren bajo esta desgracia.

¿Pero a qué viene todo esto —dirá usted— para nuestro tema? Sí, el conde de Clarendon fue un gran amante por lo menos de libros, y proveyó una biblioteca muy extensa, escribió él mismo en un estilo elegante, favoreció y promocionó el diseño de la *Royal Society*; y fue por esto y, en particular, por haber sido muy amable conmigo en el extranjero y en casa, que le envié el *Naudeus* con una dedicatoria, de la cual no estoy tan avergonzado como de la traducción. Habrá algunos quienes, no disconformes con el estilo de esa epístola, se han enojado respecto de su destinatario. Pero ellos no consideran que las grandes personas, y las que están en posición de hacer cosas grandes y notables, sean cuales fueren sus defectos han de ser elo-

giados en cuanto al cultivo de aquellas virtudes, sin las cuales hemos de suponer que ellos mismos nunca habrían llegado al poder ni sido capaces de estimularlas. *Qui monet ut facias*, usted recuerda lo que sigue. Y esto es una figura justificada; no es exactamente una adulación, sino una calificación justa para sus caracteres. Con respecto a la traducción, ha sido tan insufriblemente modificada en la imprenta, que la vergüenza de que cualquier copia no corregida llegara al extranjero me ha hecho suprimir tantas como pude hallar; no sin el propósito de publicar una nueva edición, la cual, quizás ahora podría ser más adecuada, por cuanto la costumbre de exponer libros, *sub hastâ* se ha vuelto tan epidémica, posiblemente ello pueda proporcionar algún orden a los caballeros que están formando colecciones a partir de ellas. Además, yo escucho que la primer impresión es bonita, muy usada y sería demasiado infeliz si se malograra dos veces, o me encontrara con otros accidentes como sucedió, según parece, al manuscrito borroneado de Oxford: sobre cuyos detalles no lo complicaré a usted ahora.

Y así he hecho con mi Lord canceller. Pero no tan pronto con mi valioso amigo Mr. Pepys, a cuya curiosidad erudita y loable de mejorar aún más su selecta biblioteca yo no le recomendaría el gasto cuantioso de tener los cuadros de tantas personas importantes pintadas en óleo, lo cual sería una carga inmensa e innecesaria, aunque no sería un gasto tan extraordinario para mi Lord canceller tal como uno puede imaginar, porque cuando su proyecto fue dado a conocer, todos, pues, o bien los tenían en su propiedad o bien los pudieron comprar a cualquier precio, se esforzaron para proveer a sus cortes con estos regalos; por este medio él obtuvo muchas piezas excelentes de Vandyke y otros originales de Lely, y lo mejor de las manos de nuestros maestros modernos. Pero si en lugar de estos, usted pensara en agregar a sus portadas, en un volumen distinguido, las cabezas y efigies de los que he enumerado, y de tantos otros que en ésta o en otra época hayan sido famosos [ya sea] por las armas o por las artes, en *taille douce*, que con un gasto muy accesible ha de conseguirse entre los vendedores de grabados, yo no lo reprobaría; estoy seguro de que usted se deleitaría infinitamente con el conjunto, y algunos están tan bien hechos del original vivo que pueden competir con las mejores pinturas. Esta sería una originalidad más barata y mucho más útil, porque ellas, las láminas, rara vez no tienen sus nombres, época y elegías de las personas cuyos retratos representan. Le aseguro que usted estará extremadamente satisfecho de contemplar las efigies de aquellos que han hecho tanto ruido y trajín en el mundo, ya sea por su locura y desatino, ya sea por una figura más conspicua por su ingenio y erudición. Tampoco lo limitaría a detenerse aquí, sino a coleccionar continuamente, en la medida en que usted se encuentre con otros géneros instructivos. Porque bajo esta clasificación, usted puede adquirir batallas, sitios, triunfos, justas y torneos, coronaciones, cabalgatas, y entradas de embajadores, procesiones, funerales y otras pompas, tumbas, juicios y ejecuciones; edificios majestuosos, máquinas, jarrones antiguos, ruinas, bajorrelieves, tallas, y camafeos sacados de ágatas, onix, cornalita y otras piedras preciosas; ruinas, paisajes, si de temas reales [hablamos] no imaginarios, los cuales son innumerables e innecesarios, sino los que se relacionan con la historia, y por motivos especificados más ampliamente en mi *Tratado de calcografía*. Su biblioteca ha de ser idónea por medio de esta adquisición para su mente generosa y virtud

equilibrada; no conozco a ningún maestro vivo más feliz, además, a partir de la posesión de tantas curiosidades, usted ha de entender su uso y mejorarlas de la misma manera; ha de declarar que usted se esforzará para legar<sup>76</sup> lo que con tanto costo y trabajo usted ha coleccionado, evitando las tristes dispersiones que muchas nobles bibliotecas y gabinetes han sufrido en estos últimos tiempos: un remate al que llamaría un defecto, de un día o dos, ha dispersado lo que ha sido reunido a lo largo de muchos años. En consecuencia, así es como en Inglaterra, estamos tan carentes de buenas bibliotecas entre los caballeros y en nuestras más grandes ciudades: estoy convencido de que París sola es capaz de mostrar más que las tres naciones de Gran Bretaña [juntas]; las bibliotecas de Memius, Puteanus, Thuanus, Cordesius, Segur, Colbert, Condé, y otros innumerables obispos, abades, abogados, anticuarios, y un mundo de personas eruditas de toga; además de las bibliotecas públicas en St. Victoire, la Sorbona, y sobre todo la de Mazarino (ahora, con la de Richelieu y varias otras, absorbidas en la del rey actual)<sup>77</sup>, excediendo lejos cualquier biblioteca que podamos mostrar en casa; aunque nosotros tenemos mucha abundancia (si no la más grandiosa) y variedad de los mejores libros, tanto como cualquier país en el mundo erudito. Pero tal como dije, esos libros están en gabinetes privados, y rara vez bien selectos, salvo en las Universidades, donde, si uno puede juzgar por las pocas producciones de tantos hombres eruditos que están allí ociosos, éstos representan muy poco para el mundo instruido. La grandiosa y augusta ciudad de Londres, plena de tantas personas inteligentes y letradas, apenas tiene una biblioteca acondicionada y dotada para el público. La biblioteca de John Cotton, creada por su noble tío, sin discusión, es la más valiosa en manuscritos, especialmente en antigüedades británicas y sajonas; pero él se niega a compartir con nosotros el catálogo de este tesoro, por temor a ser molestado, según me confesó. La de Westminster no es muy importante, menos aún la del Sion College. Pero existe la esperanza de que la de su Majestad, en St. James, pueda resurgir y ser restaurada nuevamente en alguna medida, ahora que está bajo la supervisión del experto Mons. Justell, quien usted sabe que era propietario de una biblioteca muy importante en París. En ella hay muchos manuscritos nobles que aún permanecen, además del Tecla; y se haría mucho más si alguna mano real o generosa interviniera para que aquellos manuscritos fueran regresados a la biblioteca, los cuales aún descansan en manos mercenarias porque pretenden [cobrar] de doscientas a trescientas libras por su encuadernación. Muchos de ellos al estar [escritos] en lenguas orientales, pronto encontrarán judíos y buhoneros que los compren y se los lleven, y así nunca los recuperaríamos. Porque tiene un gabinete de diez mil medallas, no inferior a la mayoría del exterior, y muy superior a cualquiera en casa que hayan sido coleccionadas por ese esperanzado amante de las cosas grandiosas y nobles, el príncipe Enrique, [habiendo] sido despojado y echado durante nuestra última rebelión bárbara, por quién y adónde, nadie puede descubrir lo que fue de esa colección, no

---

<sup>76</sup> Esto es lo que hizo Pepys posteriormente, legó sus libros y su colección de cuadros al *Magdalen College* de Cambridge, donde están ahora, bajo el nombre de *Pepysian Library*, aún permanecen en los estantes e impresiones originales, ubicados en una habitación perfectamente acondicionada.

<sup>77</sup> Luis XIV.

sólo de libros y medallas sino también de estatuas y otro mobiliario elegante. Permitid que el bibliotecario erudito, Patritius Junius, os lo explique en sus *ad Epist. Sti. Clementis ad Corinthos*: '*Quem locum*', (hablando de la de St. James) '*si vicinam pinacothecam bibliothecae celeberrimae conjunctam, si numismata antiqua Graeca ac Romana, si statuas et signa ex aere et marmore consideres, non im' erito thesaurum antiquitatis et τραπεζιον instructissimum nominare potes*', & C<sup>78</sup>.

Esta pérdida ¿no sería suficiente para romper el corazón de un amante? La *Royal Society*, en el Gresham College posee una miscelánea, aunque poco apropiada para la institución y el designio de esa valiosa asamblea, pero provista de muchos libros excelentes y algunos pocos manuscritos, que le fueron cedidos, debido a mi intervención, por el último duque de Norfolk, los cuales no son sino sólo una parte de esa rara colección de buenos autores que, por la dedicación y dirección de Francis Junius, el hijo erudito del sabio Patrick, Mr. Selden, y la compra de lo que fue traído de Alemania, fue dejado y descuidado en la *Arundel House* antes de que ésta fuera demolida y convertida en arrendamientos. Ahora que menciono a Mr. Selden, hay una parte de la biblioteca de ese gran anticuario en el Middle Temple; pero sus manuscritos y las mejores colecciones fueron legadas a la [biblioteca] Bodleian en Oxford, de la cual, ambos, él mismo [duque de Norfolk] y especialmente el arzobispo Laud fueron los benefactores más importantes; aun con todos estos [libros], [eran] tan pobres en manuscritos que ellos [la biblioteca Bodleian] se avergonzaban de publicar su catálogo con el de los impresores, pero podría haber sido igualmente rica como cualquier otra en Europa, si hubiesen comprado lo que les fue ofrecido últimamente por los albaceas de Isaac Vossius, aunque de hecho a un precio muy elevado. Estos albaceas, desde entonces se han llevado de vuelta a Holanda los manuscritos, donde esperan un mercado más dinámico. Deseo con todo mi corazón que algún bravo o noble mecenas hubiera hecho un regalo de ellos [los libros y los manuscritos] al *Trinity College* en Cambridge, donde esa suntuosa estructura (diseñada para una biblioteca) hubiera sido el repositorio más adecuado para tal tesoro. ¿Dónde están nuestros Suissets, Bodleys, Lauds, Sheldons, obispos y opulentos cancilleres? El nepotismo nunca será satisfecho –*Sed praestat motus componere*<sup>79</sup>. Las que más se aproximan a la [biblioteca] Bodleian son las bibliotecas del *Magdalen College*, *Christ Church*, de la Universidad, y la del *Baliol College*; esta última ha sido dotada con algunos manuscritos importantes, y recientemente (gracias a la generosidad de Sir Thomas Wendie) con un buen número de libros curiosos. Pero para regresar más cerca de esta ciudad; la de Lambeth, actualmente está repleta de libros excelentes, [aunque] baja y fluye [su volumen] tal como lo hace el Támesis que la recorre, en cada sucesión o traslado de preladados. Actualmente hay una buena cantidad de manuscritos en una habitación sola para ellos. El obispo de Ely tenía una biblioteca muy bien surtida; pero la mejor es la que tiene el Dr. Stillingfleet, deán de St. Paul, en Twickenham, a diez millas fuera de la ciudad. Solamente ese

<sup>78</sup> ...a la epístola de San Clemente a los Corintios: a ese lugar, si consideras la pinacoteca vecina agregada a la biblioteca celeberrima, las monedas antiguas de Grecia y Roma, y las estatuas y los signos de bronce y de mármol, puedes llamarlo merecidamente el tesoro de la antigüedad y τραπεζιον muy instruido, etc.

<sup>79</sup> Pero las cosas se compondrán por sí solas.

hombre bueno y erudito (el Dr. Tenison) de St. Martin cerca suyo, ha realizado un legado, ya que así lo considero, así como el de sus dos escuelas, etc., valioso por su espíritu público y generoso, y la estima de todos los que lo conocen. Nuestro famoso abogado Sir Edward Coke compró una biblioteca muy selecta de manuscritos griegos y otros, los cuales le fueron vendidos por el Dr. Meric Casaubon, hijo del erudito Isaac; y éstos [la biblioteca y los manuscritos] junto con su deliciosa villa Durdens llegaron a la posesión del actual conde de Berkeley, [heredado] de su tío Sir Robert Cook. En alguna oportunidad, él me ha contado que construiría un repositorio apropiado para ellos [los libros y manuscritos] el cual sería público, para el uso del clero de Surrey; pero qué es lo que ha hecho o pensado hacer desde entonces no lo sé. ¿Por qué tal provisión no es acordada por una ley pública y por una contribución en cada condado de Inglaterra? Pero este genio no siempre prevalece en nuestros representantes. He oído que Sir Henry Savill fue propietario de muchos manuscritos preciosos, y frecuentemente él ha sido celebrado por ello por parte del erudito Valesius, casi en cada página de las anotaciones de ese hombre sabio sobre Eusebio y los historiadores eclesiásticos, publicadas por él. El difunto Mr. Hales, de Eton, que ya mencioné, de la misma manera, tenía una muy buena biblioteca; y también el Dr. Cosin (el fallecido obispo de Durham), una parte considerable de esa biblioteca ya la compré con su acuerdo durante su exilio en el extranjero, como puedo demostrar por su propia mano, pero su difunta hija, luego mi Lady Garret, pensó que yo no había ofrecido lo suficiente y puso dificultades en enviármelos antes del tiempo de la restauración de su Majestad; y después de eso, el Deán, su padre, al convertirse en Obispo de esa opulenta sede, los donó a la biblioteca de allí [Durham]. Pero [la biblioteca] del Lord primado Usher no era inferior a ninguna de las que he mencionado entre el clero por sus raros manuscritos, gran parte de ella fue traída de Irlanda y legada a su yerno, Sir Timothy Tirrill, fue luego vendida para dar alimento a ese incomparable prelado durante la última guerra fanática; así, los que permanecieron en Dublín fueron preservados y restaurados mediante una colecta pública y colocados en la biblioteca del *college* de esa ciudad. Ya he mencionado que Isaac Vossius trajo lo que le había pertenecido a su erudito padre, y muchos otros manuscritos que el propio Isaac había obtenido de la reina Cristina de Suecia en recompensa de sus honorarios, cuando fue invitado allí [junto] con Salmasius, Descartes, Blundel, y otros, por la heroica y real errante. Pero aquellos pájaros, como yo digo, han tomado su vuelo y se han ido. Me abstengo de nombrar a las bibliotecas del último conde de Bristol, y la de su pariente, Sir Kenelm Digby, con más pompa que valor intrínseco, ya que principalmente consisten en libros de poetas modernos, romances, química y astrología; porque tuve el catálogo en mi poder antes de que los libros fueran vendidos, puesto en mis manos por mi Lord Danby, entonces tesorero, quien deseaba que yo le diera mi opinión al respecto, lo cual hice fielmente. Como para aquellos libros de Sir Kenelm, el catálogo estaba impreso y la mayoría de ellos fueron vendidos en París, y otros muchos lo fueron, últimamente en Londres. La biblioteca del Duque de Lauderdale, aún está completa, delimitada selectamente, y [lista] para ser vendida por un amigo mío, con quien los Lauderdale están empeñados; pero esta biblioteca está lejos de la de su pariente, Lord Maitland, la cual era ciertamente la biblioteca más noble, sustancial y lograda que

alguna vez pasó bajo la lanza, y me hizo sufrir profundamente contemplar sus miembros que, como los del casto Hipólito, fueron separados y desgarrados de ese cuerpo tan bien elegido y compacto. La biblioteca del conde de Anglesey y algunas otras desde entonces por un envidioso destino, cuya naturaleza desconozco, atravesaron la misma suerte debido a alguna influencia y constelación que reina ahora malevolente para los libros y las bibliotecas, las que no presagian nada bueno para el tiempo futuro.

Ahora que he terminado con las bibliotecas, aunque aún no lo suficiente con Mr. Pepys, porque no he mencionado a todas estas bibliotecas como si yo pensara que es necesario que todo estudio privado de un caballero deba ser público, sino porque quisiera que nosotros nos comunicáramos mejor y estuviéramos mejor provistos de buenos libros, en una de las ciudades más grandes del universo (Londres); y que para ese fin se erigiera así, un pórtico majestuoso en el West End de St. Paul, como el que podría mantener un palatino, capaz de tal proyecto, y que cada compañía y cada corporación de la ciudad, cada aprendiz a su arbitrio (asistidos al principio por una colecta general en toda la nación, entregaran una copia de cada libro impreso en la ciudad y en las universidades), los dejaran allí con sus marcas para formar una reserva en el presente y un fondo muy amplio para el futuro. Pero para esto hemos de esperar a que los reyes sean filósofos o filósofos los reyes, lo cual, pienso que no puede suceder en esta revolución sino en la revolución platónica. A todo esto, yo agregaría respecto de los caballeros que, al estar provistos con bibliotecas competentes y porque la mayor parte reside en la ciudad, están obligados a colaborar y [sería] de efecto infinito para la promoción de una conversación noble y útil de los caballeros eruditos; así como existe una Sociedad para el mejoramiento del conocimiento de la naturaleza y como lo correcto debe ser primero y las cosas fueron antes palabras, así ha habido una academia para el arte y el mejoramiento en el hablar y escribir bien: de este estilo (usted sabe) existe alguna en París, y casi en cada ciudad imaginable de Italia, las que funcionan bajo el nombre de *La Crusca*, *Humoristi*, *Insensati*, etc.; así como la de los *Beaux Esprits* en Francia, fundada por el fallecido gran cardenal de Richelieu para el perfeccionamiento y enriquecimiento de la lengua, que publican obras tan cuidadas como las que han sido producidas de tiempo en tiempo. En estas asambleas, donde un selecto número de hombres sabios, personas de primera calidad, no sólo asisten para escuchar, sino que consideran un honor que sus ingeniosos ejercicios hayan pasado la prueba y la censura de tantos ingenios civilizados y cultos. Y todo el requerimiento para esto es solamente el uso de una habitación adecuada, en la casa de un caballero, donde hay sillas y una mesa, donde la persona que declama, al estar sentada un poco más elevada, como en una tribuna romana, y eligiendo su materia en prosa o verso, recita o lee sus composiciones ante el grupo. Esta [actividad], al no llevar más que medio día o media tarde en la semana y al retirarse justo a tiempo, es de muy poca inconveniencia para el dueño de la casa. He aquí, digo yo, que los caballeros y los estudiosos traen sus ensayos, poemas, traducciones y otras producciones oratorias sobre mil temas curiosos. Aquí, ellos le dan ley a las palabras y frases y a la *Norma Loquendi*. Estas [producciones] pasan la censura y llevan a los autores a retocar, rechazar o mantener las cosas exóticas, etc. No necesito explicar a Mr. Pepys el beneficio y la noble-

za de tales asambleas, él que ha visto por sí mismo qué ilustres personas acostumbran honrar a Monsieur Justell; cuántos grandes duques y cintas azules, embajadores, tanto como obispos, abades, presidentes y otros hombres eruditos y viajeros, estas academias han reunido en una conversación de lo más humana y servicial del mundo; y cuánto ha deseado algún caballero noble y valioso pagar por una diversión tan apropiada y totalmente entretenida como sería ésta. Entonces, nosotros no tendríamos tantas rapsodias groseras y exageradas, impuestas al mundo inglés como si fueran cosas de ingenio y de lenguaje genuino y el teatro, así como los auditores y espectadores, se verían librados de cosas intolerables. Ello inflamaría, inspiraría y encendería otro genio y otro tono de la escritura, con nervio, intensidad natural y belleza, genuino, y de nuestro propio acervo, sin pedir siempre prestado ni hurtar lo de nuestros vecinos. Y en verdad, así fue una vez concebido desde la restauración de Carlos II (1665), y en función de ello fueron iniciadas tres o cuatro reuniones en Gray's Inn, a instancias de Mr. Cowley, el Dr. Sprat, Mr. Waller, el Duque de Buckingham, Matheu Clifford, Mr. Dryden y algunos otros promotores. Pero debido al fallecimiento del incomparable Mr. Cowley, la distancia y la inconveniencia del lugar, la peste, y otras circunstancias intervinientes, se desmoronó y se redujo a nada. Cuánta esperanza yo había depositado en los cimientos de esa pretendida pirámide (teniendo el honor de ser admitido como un trabajador inferior), por lo que usted puede ordenar y disponer si es capaz de padecer mis impertinencias. Y no le he mostrado el plan que diseñé y que fue expuesto ante ellos para ese proyecto, el cual consistía, digo yo, en el refinamiento de la lengua inglesa y en ser uno de los primeros intentos y temas principales de los académicos.

¡Qué vergüenza, qué he hecho! Me imagino que lo escucho a usted gritar “¡Qué divague ha hecho Mr. Evelyn! ¡Qué despliegue de conocimientos para un tema tan pequeño!” Bien, usted ve lo que ha producido la existencia de una cabeza vacía, qué cantidad de tinta se ha desperdiciado. Y en verdad, yo habría sido criminalmente responsable de perjuicio, en detrimento del público y de su propio descanso; no me habría atrevido a molestarlo con un garabato tan tedioso y desmedido, mientras que usted no era (*tuo jure*)<sup>80</sup> completamente autónomo. Lo que prueba ser un padecimiento, como el que yo he provocado, el único expediente para librarse de tales impertinencias sería el de asumir su último cargo tan pesado y honorable de nuevo; en cuyo caso nadie podría ser tan impudicamente incivilizado como para esperar que usted leyera largas cartas, teniendo en cuenta cuántas cosas estaría usted obligado a escribir.

---

<sup>80</sup> Por propio derecho.